

## 6. Teoría de la estructuración, investigación empírica y crítica social

### A. Reiteración de conceptos básicos

En este punto parece conveniente recapitular algunas de las ideas básicas contenidas en los capítulos anteriores. Las resumiré en una serie de puntos; en conjunto, representan los aspectos de la teoría de la estructuración que interesan de la manera más general a problemas de investigación empírica en las ciencias sociales.

1. Todos los seres humanos son agentes entendidos. Esto significa que todos los actores sociales saben mucho sobre las condiciones y consecuencias de lo que hacen en su vida cotidiana. Ese saber no es de un carácter enteramente proposicional ni es un mero resto de sus actividades. Un entendimiento inmerso en una conciencia práctica presenta una complejidad extraordinaria que a menudo se descuida por completo en abordajes sociológicos ortodoxos, en particular los asociados con el objetivismo. Además, los actores son por lo común capaces de explicar discursivamente lo que hacen y las razones de su hacer. Pero en principio estas facultades se instalan en el fluir de una conducta cotidiana. La racionalización de una conducta llega a un ofrecimiento discursivo de razones sólo si otros preguntan a los individuos por qué actuaron así. Y desde luego, esas preguntas normalmente sólo se hacen si la actividad en cuestión es por alguna razón enigmática: si parece o que se burla de la convención o que se aparta de los modos habituales de conducta de cierta persona.
2. El entendimiento de los actores humanos está siempre acotado en parte por lo inconsciente y en parte por condiciones inadvertidas/consecuencias no buscadas de la acción. Entre las tareas más importantes de la ciencia social se incluye la investigación de esos límites, la importancia de las consecuencias no buscadas para una reproducción sistémica y las connotaciones ideológicas que esos límites tienen.
3. El estudio de una vida cotidiana es parte esencial del análisis de la reproducción de prácticas institucionalizadas. Una vida cotidiana

- es consustancial al carácter repetitivo de un tiempo reversible: con sendas trazadas en un espacio-tiempo y asociadas con los aspectos restrictivos y habilitantes del cuerpo. Pero una vida cotidiana no se debe considerar el «fundamento» sobre el que se edifican las conexiones más ramificadas de la vida social. Al contrario, estas conexiones más extensas se deben comprender por referencia a una interpretación de integración social e integración sistémica.
4. Una rutina, que psicológicamente importa para reducir al mínimo las fuentes inconscientes de angustia, es la forma predominante de actividad social cotidiana. La mayoría de las prácticas ordinarias carece de motivación directa. Unas prácticas rutinizadas son la expresión saliente de la dualidad de estructura con respecto a la continuidad de una vida social. En la escenificación de rutinas los agentes sustentan un sentimiento de seguridad ontológica.
  5. El estudio del contexto, o de las contextualidades de una interacción, es inherente a la investigación de una reproducción social. «Contexto» supone lo siguiente: a) los límites espacio-temporales (por lo común tienen marcadores simbólicos o físicos) en torno de urdimbres de interacción; b) la copresencia de actores, que hace posible la visibilidad de una diversidad de expresiones faciales, gestos corporales, elementos lingüísticos y otros medios de comunicación, y c) una noticia y un empleo reflexivos de estos fenómenos para influir o gobernar el decurso de la interacción.
  6. Las identidades sociales, y las relaciones de postura-práctica asociadas con ellas, son «marcadores» en el espacio-tiempo virtual de una estructura. Se asocian con derechos normativos, obligaciones y sanciones que, en el interior de colectividades específicas, dan origen a roles. El uso de marcadores estandarizados, en especial referidos a los atributos corporales de edad y de género, es fundamental en todas las sociedades, a pesar de las grandes variaciones observables entre diversas culturas.
  7. No se puede atribuir un sentido unitario a «constreñimiento» en el análisis social. Los constreñimientos asociados con las propiedades estructurales de sistemas sociales no son sino un tipo entre otros varios tipos característicos de vida social humana.
  8. Entre las propiedades estructurales de sistemas sociales, tienen particular importancia los principios estructurales porque ellos especifican tipos globales de sociedad. Es una tesis importante de la teoría de la estructuración que el grado de clausura de totalidades societarias —y de sistemas sociales en general— es muy variable. Existen grados de «sistemidad» en totalidades societarias, tanto como en otras formas más o menos inclusivas de sistema social. Es esencial evitar el supuesto de que se podría definir cómodamente

- lo que una «sociedad» es, noción que proviene de una época dominada por Estados nacionales con fronteras bien deslindadas que por lo común responden de manera muy estricta a la provisión administrativa de gobiernos centralizados. Aun en Estados nacionales, desde luego, existe una diversidad de formas sociales que atraviesan las fronteras societarias.
9. El estudio del poder no se puede tratar como una consideración de segundo orden en las ciencias sociales. El poder no puede ser asido, por así decir, después de formulados los conceptos más básicos de la ciencia social. No existe un concepto más elemental que el de poder. Pero esto no significa que el concepto de poder sea más esencial que cualquier otro, como lo suponen aquellas versiones de ciencia social que han caído bajo un influjo nietzscheano. El poder no es sino un concepto entre varios conceptos primarios de ciencia social, agrupados todos en torno de las relaciones de acción y estructura. El poder es el medio de obtener que se hagan cosas y, como tal, está directamente envuelto en la acción humana. Es un error considerarlo intrínsecamente divisivo, pero no hay duda de que algunos de los conflictos más enconados en la vida social se ven acertadamente como «luchas de poder». Estas luchas se pueden considerar relacionadas con intentos de repartir recursos que brindan modalidades de control en sistemas sociales. Por «control» entiendo la capacidad que ciertos actores, grupos o tipos de actores poseen de influir sobre las circunstancias de acción de otros. En luchas de poder, la dialéctica de control opera siempre, aunque el uso que los agentes situados en posiciones subordinadas puedan hacer de los recursos de que disponen difiere muy sustancialmente en diferentes contextos sociales.
  10. No existe mecanismo de organización social o de reproducción social averiguado por analistas sociales que los actores legos no puedan llegar a conocer también y a incorporar en lo que hacen. En muchísimos casos, los «descubrimientos» de los sociólogos son tales únicamente para alguien extraño a los contextos de actividad de los actores estudiados. Como los autores obran, en efecto, por alguna razón, es natural que se desconcierten si observadores sociológicos les dicen que eso que ellos hacen deriva de factores que de algún modo los influyen desde afuera. Por eso las objeciones de los legos a semejantes «descubrimientos» pueden tener una base muy sólida. La reificación en modo alguno caracteriza con exclusividad al pensamiento lego.

Estos puntos sugieren una cantidad de guías para la orientación general de la investigación social.

En primer lugar, toda investigación social presenta por fuerza un aspecto cultural, etnográfico o «antropológico». Esto es una expresión de lo que denomino la doble hermenéutica que caracteriza a la ciencia social. El sociólogo tiene por campo de estudio fenómenos que ya están constituidos en tanto provistos de sentido. La condición para «entrar» en este campo es llegar a saber lo que ya saben —y tienen que saber— los actores para «ser con» en las actividades cotidianas de una vida social.<sup>1\*</sup> Los conceptos inventados por observadores sociológicos son de «orden segundo» porque presuponen ciertas capacidades conceptuales en los actores a cuya conducta se refieren. Pero está en la naturaleza de la ciencia social el que puedan pasar a ser conceptos de «orden primero» si de ellos se apropia la vida social misma. ¿Qué hay de «hermenéutico» en esta hermenéutica doble? La justeza del término deriva del proceso doble de traducción o de comprensión que aquí interviene. Es tarea de las descripciones sociológicas mediar entre los marcos de sentido en cuyo interior los actores orientan su conducta. Pero esas descripciones son categorías de comprensión que también requieren un esfuerzo traductor dentro y fuera de los marcos de sentido que convienen a las teorías sociológicas. Diversas consideraciones referidas a un análisis social se conectan con esto:

1. Un estilo literario no carece de importancia para la precisión de unas descripciones sociales. Esto alcanza mayor o menor importancia según que una determinada pieza de investigación social sea etnográfica, a saber: se haya escrito con el propósito de exponer cierto *medio* cultural a otros que no lo conocen.
2. El especialista en ciencia social es un comunicador; introduce marcos de sentido asociados con ciertos contextos de vida social, para personas incluidas en otros contextos. De este modo las ciencias sociales se inspiran en las mismas fuentes de definición (saber mutuo) de los novelistas u otros que escriben relatos de ficción de una vida social. Goffman puede con toda comodidad intercalar ilustraciones de ficción en descripciones tomadas de investigaciones de ciencia social porque en muchos casos le interesa más «mostrar» las formas tácitas de saber mutuo en virtud de las cuales se ordenan actividades prácticas que el intento de trazar el mapa de la distribución efectiva de esas actividades.
3. Una «descripción espesa» hará falta en ciertos tipos de investigación (sobre todo, en los de índole más etnográfica) pero no en otros. Suele ser innecesaria donde las actividades estudiadas tienen características generalizadas con las que están familiarizados aque-

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 389-91.

llos a quienes se les ofrecen los «descubrimientos», y donde el interés principal de la investigación recae en un análisis institucional donde los actores se consideran en grandes agregados o como «ejemplares» bajo ciertos aspectos definidos como tales para los fines del estudio.

En segundo lugar, es importante en investigación social estar atento a las destrezas complejas que los actores despliegan para coordinar los contextos de su conducta cotidiana. En análisis institucional, estas destrezas pueden ser más o menos puestas entre paréntesis, pero es esencial recordar que esa puesta entre paréntesis es solamente metodológica. Los que creen que un análisis institucional abarca el campo de la sociología *in toto* confunden un procedimiento metodológico con una realidad ontológica. Es posible que el curso de una vida social resulte muy a menudo predecible, como se inclinan a destacarlo esos autores. Pero son actores sociales los que «hacen ocurrir» su predictibilidad en muchos de sus aspectos; ella no ocurre a despecho de las razones que ellos tengan para su conducta. Si el estudio de unas consecuencias no buscadas y de unas condiciones inadvertidas de la acción es una parte importante de la investigación social, debemos destacar empero que esas consecuencias y esas condiciones se deben interpretar siempre dentro del *fluir* de una conducta intencional. Debemos incluir aquí la relación entre aspectos registrados reflexivamente y aspectos no buscados de la reproducción de sistemas sociales, y el aspecto «longitudinal» de unas consecuencias no buscadas de actos contingentes bajo circunstancias históricamente significativas de algún tipo.

En tercer lugar, el analista social debe mostrarse sensible también a la constitución espacio-temporal de una vida social. En parte, esto es un alegato en favor de una coincidencia entre disciplinas. Los científicos sociales por lo común se limitan a dejar que los historiadores sean especialistas en tiempo, y los geógrafos, especialistas en espacio, en tanto ellos mantienen su propia identidad disciplinaria separada, que, si no consiste en un interés exclusivo por el constreñimiento estructural, se agota en un foco conceptual sobre la «sociedad». Historiadores y geógrafos, por su parte, han tenido la bondad de hacer un guiño de asentimiento a esta disección de la ciencia social en disciplinas. Los especialistas en una disciplina, al parecer, no se sienten tranquilos si no pueden declarar un neto deslinde conceptual entre sus afanes y los de otros. Así, «historia» se puede entender referida a secuencias de sucesos establecidos cronológicamente en el tiempo o quizás, aun más ambiguamente, referida «al pasado». Y la geografía, según gustan sostener muchos de sus representantes, encuentra su carácter definitorio en el estudio de formas espaciales. Pero si, como he señalado, unas rela-

ciones espacio-temporales no se pueden «expulsar» del análisis social sin menoscabo de todo el intento, esas divisiones entre disciplinas inhiben enérgicamente de abordar cuestiones de teoría social que son importantes para las ciencias sociales como un todo. Analizar la coordinación espacio-temporal de actividades sociales supone estudiar las características contextuales de sedes por las que unos actores se mueven en sus sendas diarias y la regionalización de sedes que se estiran por un espacio-tiempo. Como lo destacué muchas veces, este análisis es indispensable para explicar un distanciamiento espacio-temporal y, por lo tanto, para examinar la naturaleza heterogénea y compleja que adquieren totalidades societarias más grandes y sistemas intersocietarios en general.

Para abundar sobre las consecuencias empíricas de las observaciones anteriores, voy a considerar varios ejemplos de investigación distintos. Quiero conservar cierta continuidad con ejemplos que utilicé antes, y emplearé un material ilustrativo relacionado con la educación y con el Estado. Como el Estado moderno emprende dondequiera intentos de registrar una reproducción institucional por la vía de influir sobre la índole de sistemas educacionales, estas dos «áreas» de investigación están en realidad muy unidas. El primer ejemplo es un conocido estudio sobre conformidad y rebelión en una escuela de clase obrera en los Midlands de Inglaterra. Es de carácter sobre todo etnográfico, y en este sentido, lo mismo que por el país de origen, se contraponen al segundo, un estudio de la movilidad educacional en Italia, basado en cuestionarios. Los ejemplos tercero y cuarto se fundan en un material empírico referido directamente a las actividades e intereses de Estados modernos. Uno de ellos presenta no tanto un proyecto de investigación en particular como la obra de un autor que ha intentado combinar un material empírico con una explicación teórica del carácter contradictorio de los «Estados capitalistas». El otro versa sobre una investigación específica: un intento de analizar los orígenes de la contraposición entre la «City» y la «industria», que ha sido un rasgo notable de la sociedad británica desde hace dos siglos o más.

Emplearé cada pieza de investigación para ilustrar sobre ciertas cuestiones conceptuales en alguna medida distintas. En atención, inicialmente, a lo que bajo muchos aspectos considero un informe de investigación ejemplar, detallaré varios de los principales sesgos empíricos que se conectan con las grandes tesis de la teoría de la estructuración. Después me concentraré en tres problemas específicos. ¿Cómo debemos emprender un análisis empírico del constreñimiento estructural? ¿Cómo daríamos carnadura empírica a la noción de contradicción estructural? ¿Y qué tipo de investigación conviene al estudio de la *larga duración* de un cambio institucional?

Las restricciones importantes es preciso establecer antes de pasar al contenido principal de la discusión. Para especificar algunas de las conexiones entre teoría de la estructuración e investigación empírica, no me interesaré en evaluar las virtudes y los defectos de diferentes tipos de métodos o técnicas de investigación. Esto significa que no buscaré analizar si una indagación etnográfica es o no superior, por ejemplo, al uso de cuestionarios. Sin embargo, ofreceré algunos comentarios sobre la relación entre la investigación llamada «cualitativa» y la «cuantitativa». Además, trataré de proseguir el debate en una dirección cuyo estrecho vínculo con problemas de la investigación empírica no se suele ver: indicando que una investigación social se relaciona con una crítica social. En las secciones conclusivas de este capítulo procuraré mostrar la razón por la cual la teoría de la estructuración es intrínsecamente incompleta si no se eslabona con una concepción de la ciencia social como teoría crítica.

En la superficie de las cosas, pudiera parecer que estos últimos aspectos del debate se moverían en un plano por entero diferente del que corresponde a una investigación empírica. Pero en realidad están en conexión muy estrecha. Porque no basta considerar los aspectos bajo los cuales un estudio empírico puede ser esclarecido por vía de los conceptos elaborados en las partes precedentes de este libro. Toda investigación se lleva adelante en relación con objetivos de explicación declarados o implícitos y tiene consecuencias prácticas potenciales tanto para aquellos cuyas actividades son investigadas como para otros. No es simple elucidar el carácter de estos objetivos y consecuencias, lo que exige elaborar algunos de los problemas que se plantean cuando se abandona un modelo basado directamente en la seducción de la forma lógica de la ciencia natural. En el examen de estos problemas, procuraré limitar en todo lo posible cualquier incursión en la epistemología. Mi propósito es analizar lo que se sigue de la tesis básica que subtiende a toda investigación social: que el investigador comunica un saber nuevo del que antes no disponían (en el sentido que fuere) los miembros de una comunidad social o sociedad.

### *El análisis de una conducta estratégica*

Según la teoría de la estructuración, en una investigación sociológica son posibles dos tipos de puesta entre paréntesis metodológica. En un análisis institucional, propiedades estructurales se miran como caracteres de sistemas sociales que se reproducen inveteradamente. En el análisis de una conducta estratégica, el foco se pone sobre las moda-

lidades con que unos actores utilizan propiedades estructurales en la constitución de unas relaciones sociales. Como se trata de una diferencia de acento, no existe una línea divisoria que se pudiera trazar entre ellos, y para cada uno es esencial completarse en principio con una atención prestada a la dualidad de estructura. El análisis de una conducta estratégica supone otorgar primacía a una conciencia discursiva y práctica, y a estrategias de control en el interior de límites contextuales definidos. Por expediente metodológico se suponen «dadas» propiedades institucionalizadas de los escenarios de interacción. Desde luego, debemos tomar esto con precaución, porque mirar propiedades estructurales como metodológicamente «dadas» no equivale a sostener que no sean producidas y reproducidas por un obrar humano. Sólo implica concentrar el análisis en la contextualidad de actividades situadas de grupos definidos de actores. Propondré los siguientes puntos que juzgo importantes en el análisis de una conducta estratégica: la necesidad de evitar descripciones empobrecidas del entendimiento de los agentes; un refinado relato sobre motivación; y una interpretación de la dialéctica de un control.

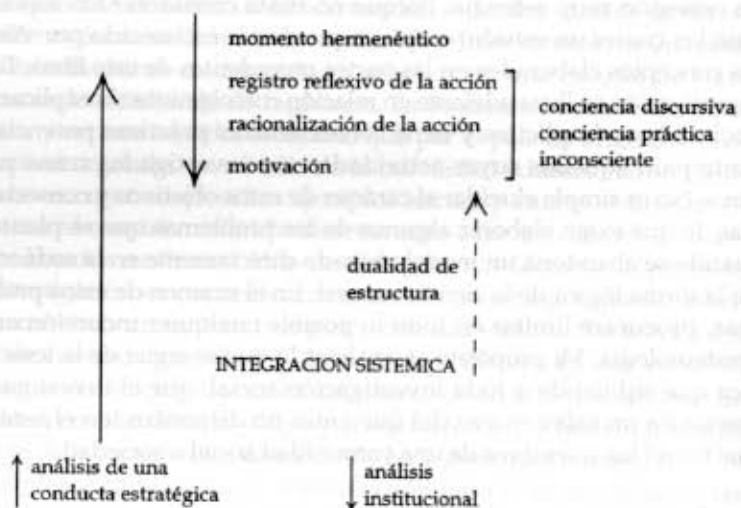


Figura 13

Consideremos la investigación que expone Paul Willis en su libro *Learning to Labour*.<sup>2</sup> Willis se interesó en el estudio de un grupo de niños de clase obrera de una escuela situada en un área pobre de Birmingham. Aunque el grupo estudiado fue muy pequeño, la investigación de Willis convence por su detalle y es sugerente porque extrae consecuencias que rebasan con mucho el contexto mismo en que se

realizó el estudio. Como trataré de mostrar, satisface abundantemente las principales consecuencias empíricas de la teoría de la estructuración. ¿Qué confiere esas cualidades a esta investigación? En parte muy considerable, al menos, la respuesta es que Willis aborda a los niños sobre los que trata como actores que saben mucho, de manera discursiva y tácita, del ambiente escolar en que se encuentran; y que muestra con precisión que las actitudes rebeldes adoptadas por los niños hacia el sistema de autoridad de la escuela tienen ciertas consecuencias precisas no buscadas que afectan su destino. Cuando se van de la escuela, los niños ocupan puestos de trabajo no calificados, mal remunerados, con lo que dan paso a la reproducción de ciertos rasgos generales del trabajo industrial capitalista. En otras palabras, se muestra que el constreñimiento opera con la participación activa de los agentes interesados, y no como una fuerza de la que ellos fueran receptores pasivos.

Consideremos primero la conciencia discursiva y práctica tal como se refleja en el estudio de Willis. El explica que «los chicos» pueden decir mucho acerca de sus opiniones sobre las relaciones de autoridad en la escuela y sobre las razones de su reacción a ellas. Pero estas capacidades discursivas no se ciñen a la forma de enunciados proposicionales: «discurso» se debe interpretar con inclusión de modalidades expresivas que la investigación sociológica no suele hallar interesantes, como humor, sarcasmo e ironía. Cuando uno de «los chicos» dice de los maestros: «Son más grandes que nosotros, representan a un establecimiento más grande que nosotros...»,<sup>3</sup> expresa una creencia proposicional del tipo con el que están familiarizados los investigadores por las respuestas a preguntas en entrevistas. Pero Willis muestra que humor, burla, sarcasmo agresivo —elementos de los recursos característicos de «los chicos»—, son rasgos fundamentales de su «penetración» inteligente del sistema escolar. La cultura jocosa de «los chicos» muestra un entendimiento muy complejo de la base de la autoridad del maestro, y al mismo tiempo la cuestiona directamente por la vía de subvertir el lenguaje en que ella se expresa normalmente. Como señala Willis, ademanes de rechazo, «cuernitos» y gestos de hartazgo son de difícil registro en una cinta magnetofónica y, sobre todo, no es fácil representarlos en los informes impresos. Pero estas y otras formas discursivas que rara vez encuentran acogida en tales informes acaso revelen tanto como las respuestas o los comentarios más directos sobre las maneras de hacer frente a ambientes sociales opresivos:

«El espacio ganado a la escuela y a sus reglas por el grupo informal se usa para plasmar y desarrollar particulares destrezas culturales, dirigidas principalmente a "tener una gastada". La "gastada" es un imple-

mento multifacético de importancia extraordinaria en la contra-cultura escolar (...) la capacidad de producirla es una de las características que definen ser uno de "los chicos". —"Nosotros los podemos gastar, ellos no pueden gastarnos a nosotros". Pero también se la usa en muchos otros contextos: para disipar el aburrimiento y el miedo, para vencer contratiempos y problemas, como talismán para librarse casi de cualquier cosa. En muchos aspectos, la "gastada" es el instrumento privilegiado de lo informal, como la orden lo es de lo formal (...) la "gastada" forma parte de una mala conducta de pillaje irreverente. Como un ejército de ocupación de la dimensión no vista, informal, "los chicos" hacen correrías por los alrededores en busca de episodios que diviertan, subviertan e irriten». <sup>4</sup>

En el nivel de una conciencia tanto discursiva como práctica pudieran parecer que los niños conformistas —los que más o menos aceptan la autoridad de los maestros y sus metas educacionales en vez de rebelarse contra ellas— serían los más entendidos en el sistema social de la escuela. Pero Willis argumenta de manera convincente en el sentido de que en los dos niveles de conciencia «los chicos» son más entendidos que los conformistas. Por lo mismo que cuestionan activamente las relaciones de autoridad de la escuela, son duchos en averiguar dónde residen las bases de los reclamos de autoridad de los maestros y dónde tienen sus puntos más débiles como guardianes de una disciplina y como personalidades individuales. Su oposición se expresa como una protesta continua ante lo que esperan y demandan los maestros, que por lo común se detiene un paso antes de la confrontación abierta. Así, se espera que en el aula los niños estén sentados tranquilos, callados, y que hagan su trabajo. Pero «los chicos» son todo movimiento, salvo cuando la mirada del maestro deja petrificado a uno de ellos por un momento; charlan a escondidas o hacen entre ellos comentarios en voz alta que lindan la insubordinación directa pero de los que se pueden excusar si los cuestionan; siempre hacen algo distinto del trabajo que se les pide pero enseguida salen con alguna justificación espuria cuando hace falta. Han inventado «experimentos con la confianza», al parecer sin haber leído a Garfinkel: «No le haremos caso cuando venga», «Nos reiremos de todo lo que él diga», «Finjamos no entender nada, y preguntémosle continuamente "¿Cómo dice?"».<sup>5</sup>

¿Cómo debemos apreciar el contenido motivacional de las actividades opositoras de «los chicos»? En cierta medida esto depende de un material que Willis no se propuso investigar directamente. Pero está claro que mirar a «los chicos» como agentes diestros y entendidos sugiere un relato de su motivación muy diferente del implícito en la

visión «oficial» que se ofrece de ellos como «payasos» y «alborotadores» incapaces de apreciar la importancia de las oportunidades educacionales que la escuela brinda: la contrapartida del sociologema de «socialización imperfecta». Los motivos que inspiran sus actividades y que animan las razones que tienen para obrar de ese modo no se explican bien si se aduce una deficiente comprensión del sistema escolar o sus relaciones con otros aspectos de los medios sociales que son el telón de fondo de su vida. Al contrario, ellos actúan así porque saben mucho sobre la escuela y los demás contextos en los que se mueven. Ese saber puede tener por portadores, sobre todo, sus actividades prácticas o un discurso que esté muy contextualizado, aunque en el relato de Willis «los chicos» aparecen dotados de una elocuencia mucho mayor de la que otros probablemente les reconocerían. No obstante, son muy estrechos los límites que confinan lo que saben sobre las circunstancias en que viven. Comprenden bien, es cierto, que son escasas sus posibilidades de obtener empleos que no sean inferiores y desvalorizantes, y esa comprensión influye sobre sus actitudes rebeldes hacia la escuela. Pero lo que a lo sumo tienen es una noticia imprecisa sobre aspectos de la sociedad más amplia que influye sobre los contextos de su propia actividad. No obstante, cabe inferir un modelo de motivación general que los mueve —quizás inconscientemente— a tratar de establecer modalidades de conducta que inyecten un poco de sentido y de coloratura a una monotonía de perspectivas de vida que ellos, empero, aunque difusamente, perciben tales como son. No comprenderíamos satisfactoriamente la motivación de «los chicos» si no viéramos que ellos aprehenden, aunque sea de una manera parcial y limitada contextualmente, la naturaleza de la posición que ocupan en la sociedad.<sup>6</sup>

Willis expone con mucha acuidad la dialéctica del control dentro del escenario escolar. Tanto «los chicos» como sus maestros son especialistas en la teoría y la práctica de la autoridad, pero sus respectivas visiones sobre su necesidad y sus objetivos formales son profundamente opuestas. Los maestros comprenden que necesitan del apoyo de los niños conformistas para ahorrarse las sanciones que están a su alcance, y que un poder no se ejerce con eficacia si se está obligado a aplicar con frecuencia sanciones punitivas. El director electo demuestra ser un consumado teórico parsoniano del poder cuando comenta que el funcionamiento de una escuela se basa sobre todo en la existencia de cierto consenso moral, el que no se puede implantar por la fuerza en los niños. Sanciones punitivas se deben emplear sólo como último recurso porque son más un signo del fracaso de un control eficaz que la base de este: «No se puede descerrajar suspensiones continuamente. Es lo que hoy ocurre con los árbitros de fútbol, creo que fra-

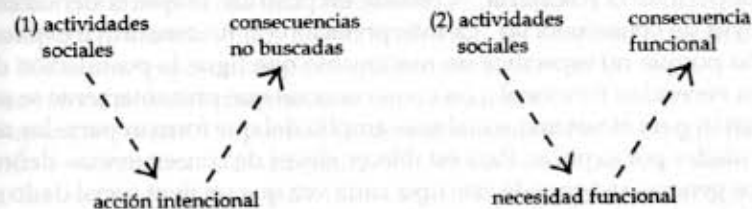
casan porque se ven reducidos enseguida al último expediente, por alguna razón (...) sacan al principio la tarjeta amarilla, y una vez que lo hicieron están obligados a expulsar al jugador de la cancha o a pasar por alto todo lo que después haga durante el juego».7 Los maestros saben esto, y «los chicos» saben que ellos lo saben. Entonces «los chicos» pueden explotar esto en beneficio propio. En el acto de subvertir la mecánica del poder disciplinario en el aula, afirman su autonomía de acción. Además, el hecho de que la escuela sea un lugar donde ellos pasan sólo parte del día y parte del año es vital para la «contra-cultura» que han generado. Porque es fuera de la escuela, lejos de la mirada de los maestros, donde se pueden hacer libremente cosas que serían anatema en el escenario escolar.

### Consecuencias no buscadas: contra el funcionalismo

La investigación de Willis no sólo es un soberbio estudio etnográfico de un grupo informal existente en una escuela; es también un intento de explicar el modo en que las actividades de «los chicos», dentro de un contexto restringido, contribuyen a la reproducción de formas institucionales más amplias. El estudio de Willis es inusual, si se lo compara con buena parte de la investigación social, porque destaca que unas «fuerzas sociales» operan a través de unas razones de los agentes y porque su examen de una reproducción social prescinde por completo de conceptos funcionalistas. A continuación expongo, en términos concisos, su interpretación del nexo entre la «contra-cultura» escolar y pautas institucionales más amplias. Las modalidades de conducta opositora de «los chicos» mientras permanecen en la escuela los mueven a abandonarla para ir a trabajar. Anhelan la independencia financiera que el trabajo proporciona; pero al mismo tiempo no tienen particulares expectativas acerca de otros tipos de recompensa que el trabajo ofreciera. La cultura agresiva, jocosu, que desarrollaron dentro del medio escolar de hecho se parece mucho a la cultura de planta fabril de las situaciones laborales a las que se suelen trasladar. Por eso les resulta relativamente cómoda la adaptación al trabajo y pueden tolerar las exigencias de desempeñar una labor monótona, repetitiva, en circunstancias cuyo carácter desagradable ellos admiten. La consecuencia no buscada y paradójica de su «penetración parcial» de las limitadas oportunidades de vida que les esperan es la de perpetuar activamente las condiciones que contribuyen a restringir esas mismas oportunidades de vida. En efecto, han dejado la escuela sin calificaciones y han ingresado en un mundo de trabajo manual de escaso nivel, un trabajo que no ofrece perspectivas de hacer carrera y al que son

esencialmente desafectos; es así como se quedan allí varados por el resto de su vida laboral. «Es común que el chico de clase obrera se encuentre con que ya es demasiado tarde en el momento en que se revela la naturaleza traicionera de su anterior osadía. La celebración cultural ha durado, parecería, el tiempo exacto que hacía falta para hacerle trasponer los portones de la fábrica»8 o, con más frecuencia en la actualidad, para destinarlo a una vida de desempleo o de semi-ocupación.

Ahora bien, todo esto se podría haber formulado en versión funcionalista, y «explicado» en términos funcionales. Así, se podría haber sostenido que el capitalismo industrial «necesita» que un gran número de personas se avenga a un trabajo manual poco remunerativo o pase a integrar un ejército industrial de reserva de desempleados. Su existencia «se explicaría» entonces como una respuesta a esas necesidades, que el capitalismo obtendría por algún camino, quizá como resultado de ciertas «fuerzas sociales» no especificadas que aquellas necesidades convocaran. Los dos tipos de relato se pueden contraponer, de este modo:



En (1), una concepción del tipo de la que elabora Willis, un conjunto dado de actividades sociales (la conducta opositora de «los chicos») se interpreta como una acción intencional. En otras palabras, se demuestra que esas actividades se realizan intencionalmente, por ciertas razones, en condiciones de un entendimiento limitado. La especificación de estos límites permite al analista mostrar que unas consecuencias no buscadas de las actividades en cuestión brotan de aquello que los agentes hicieron con intención. La interpretación parte de una atribución de racionalidad y de motivación a los agentes interesados. Los actores tienen razones para lo que hacen, y lo que hacen tiene ciertas consecuencias especificables que ellos no buscan. En (2) se pone escaso empeño en detallar la intencionalidad de la conducta de los agentes. Se considera probable que la conducta es intencional bajo alguna definición, que tiene —según la terminología de Merton— funciones manifiestas. Pero en las interpretaciones funcionalistas no se suele otorgar a esto un interés especial porque la atención se concentra en atribuir racionalidad a un sistema social, no a individuos. Se admite que deter-

minar una necesidad funcional del sistema tiene valor explicativo, porque aquella desencadena consecuencias que la satisfacen de algún modo. La interpretación funcional que Merton ofrece del ceremonial de lluvia de los hopi (véase la pág. 49) se pliega exactamente a este esquema. Escasa audiencia se concede a los aspectos intencionales de la participación hopi en el ceremonial: el «propósito» del ceremonial de lluvia es hacer que llueva, y no lo consigue. En la superficie de las cosas, la participación en el ceremonial es una actividad irracional. No obstante, podemos determinar una necesidad funcional a la que el ceremonial corresponde, y que genera una consecuencia positivamente funcional. Las pequeñas sociedades necesitan un sistema de valores unitario que las cohesione; la participación en el ceremonial de lluvia refuerza ese sistema de valores porque reúne periódicamente a la comunidad en circunstancias que permiten afirmar públicamente la adhesión a los valores del grupo.

Ya expuse antes por qué (2) es infecunda y por qué no constituye explicación alguna de cualesquiera actividades consideradas. Sin embargo, hace poco tiempo Cohen ha propuesto una ingeniosa manera que permitiría rescatarla.<sup>9</sup> Consiste en postular lo que él denomina «leyes de consecuencia». La interpretación (2) no constituye explicación porque no especifica un mecanismo que ligue la postulación de una necesidad funcional a las consecuencias que presuntamente se seguirían para el sistema social más amplio del que forman parte las actividades por explicar. Para establecer «leyes de consecuencia» definimos generalizaciones de este tipo: cada vez que un ítem social dado es funcional para otro, se comprueba que el primer ítem social existe. La subsunción de un caso particular de actividad social bajo una ley de consecuencia se puede considerar una explicación funcionalista «no elaborada». Pero explicaciones funcionalistas «no elaboradas» en modo alguno son explicaciones, y además tienen la peligrosa propiedad anexa de implicar la existencia de un grado de cohesión más elevado del que acaso impera en los sistemas sociales a que se refieren. Decir que (2) es «no elaborada» equivale a admitir ignorancia de las conexiones causales que ligan el ítem social o las actividades en cuestión a sus consecuencias funcionales. ¿Qué serían esas conexiones si se las descubriera? Serían precisamente de la clase consignada en (1), o sea: una especificación de una acción intencional (o de tipos de acción intencional) que tienen resultados (o tipos de resultados) no buscados. En otras palabras, (2) es viable sólo si se trasmuta en (1). Pero en (1) no es necesario usar para nada el término «función». El término «función» implica alguna clase de cualidad teleológica que se atribuye a los sistemas sociales: respecto de ítems o actividades sociales, se considera que existen porque satisfacen necesidades funcionales. Pero si el hecho

de que produzcan resultados funcionales no explica la razón de que existan —sólo consigue esto una interpretación referida a una actividad intencional y a consecuencias no buscadas—, aquellas actividades se pueden separar de estos resultados con más facilidad de la que sugerirían las «leyes de consecuencia». La conducta de «los chicos» lleva a consecuencias que son funcionales para la reproducción del trabajo asalariado capitalista gracias a la «penetración parcial» que ellos tienen de sus circunstancias de vida. Pero esta muy parcial «penetración» —como sostiene Willis— puede tener un potencial radicalizador para los individuos interesados, en cuyo caso podría llevar a consecuencias desarticuladoras y no ya cohesivas para el sistema social más amplio.

La obra de los autores funcionalistas ha sido muy importante en investigación social justamente porque ha llamado la atención sobre las disparidades entre lo que intentan hacer los actores y las consecuencias que se siguen de lo que hacen. Pero podemos definir las cuestiones abordadas, y tratar de resolverlas, con menor ambigüedad si prescindimos por completo de una terminología funcionalista. Existen tres tipos de circunstancia en los que se suele usar un lenguaje funcionalista. Todos son importantes en el análisis social pero se los puede expresar cómodamente en términos no funcionalistas.

Supongamos que volquemos los descubrimientos de Willis en una versión funcionalista, así: «La educación, en una sociedad capitalista, tiene la función de asignar individuos a posiciones en la división ocupacional del trabajo». En primer lugar, este enunciado es aceptable si se entiende que implícitamente es contrafáctico.<sup>10</sup> Muchos asertos funcionalistas, o pretendidas «explicaciones», se pueden interpretar de este modo. De hecho definen más bien una relación que pide ser explicada, sin ser explicativa ella misma. Podemos expresar aquel enunciado de una manera diferente sin recurrir a una «función», como sigue: «Para que la división ocupacional del trabajo se mantenga, el sistema educacional tiene que garantizar que los individuos sean asignados diferencialmente a posiciones ocupacionales». Aquí, la fuerza del «tener que» es contrafáctica; reclama definir condiciones que se deben satisfacer para que se sigan ciertas consecuencias. Ciñe un problema de investigación, y es enteramente legítimo si se lo toma más como una pregunta que como una respuesta. Pero el uso del término «función» es engañoso porque sugiere que el «tener que» denota alguna clase de necesidad que sería una propiedad del sistema social, que por alguna razón generaría fuerzas que producirían una respuesta apropiada (funcional). Acaso diéramos en suponer que hemos resuelto un problema de investigación cuando todo lo que logramos fue de hecho



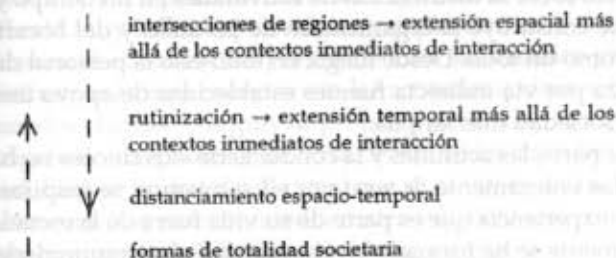
definir un problema que requería investigación. En segundo lugar, se puede interpretar que el enunciado denota un proceso de realimentación que depende por entero de consecuencias no buscadas. Como ya señalé, decir que «La educación (...) tiene la función de asignar individuos...» confunde las diferencias entre aspectos intencionales y no buscados de una reproducción social. Por lo tanto, en esos enunciados no está claro hasta dónde los procesos en cuestión son el resultado de «lazos causales», y hasta dónde forman parte de procesos de lo que antes he denominado auto-regulación reflexiva. Necesidades sociales existen como factores causales empeñados en una reproducción social sólo si las reconocen como tales los interesados en una cuestión y si son actuadas por ellos. El sistema educacional en que «los chicos» están incluidos se instituyó con la expectativa de promover una igualdad de oportunidades. Sus resultados sustantivos, con respecto a una inmovilidad perpetuada, contraría eso, pero no fueron planeados de ese modo por el Ministerio de Educación ni por algún otro organismo rector del Estado. Si lo hubieran sido —si la educación hubiera sido organizada deliberadamente por poderosos estadistas con miras a perpetuar el sistema de clases—, el proceso en cuestión habría sido sustancialmente diferente. Desde luego, es esta una cuestión compleja. Todos los sistemas educacionales modernos incluyen intentos de regulación reflexiva que suelen producir consecuencias que rebotan sobre aquellos que generan las políticas educacionales. Pero omitir el estudio de estas complejidades lleva a desatender las condiciones reales de una reproducción. El resultado puede consistir en alguna forma de objetivismo: todo lo que sucede es el resultado de fuerzas sociales tan inevitables como las leyes de la naturaleza. Pero en otro caso alguien se podría inclinar por aceptar algún tipo de teoría conspirativa. Todo lo que sucede ocurre porque alguien se lo propuso así. Si la primera concepción, característica del funcionalismo, lleva a no acordar suficiente importancia a una acción intencional, la segunda supone no ver que las consecuencias de unas actividades escapan inveteradamente a quienes las generan.

### La dualidad de estructura

Considero aclarado por mi anterior exposición en este libro que el concepto de la dualidad de estructura, fundamental para la teoría de la estructuración, interviene en las ramificadas acepciones que poseen los términos «condiciones» y «consecuencias». Toda interacción social se expresa en algún punto en las contextualidades de una presencia corporal y a través de ella. Cuando pasamos del análisis de una con-

ducta estratégica a un reconocimiento de la dualidad de estructura, tenemos que empezar a «tejer hacia afuera» en un tiempo y un espacio. Es decir: tenemos que tratar de ver el modo en que las prácticas que se ejercen en cierto espectro de contextos se insertan en tramos más amplios de tiempo y espacio; en suma, tenemos que intentar descubrir su relación con prácticas institucionalizadas. Para seguir con la ilustración que extrajimos de la obra de Willis: ¿hasta dónde «los chicos», cuando desarrollan una cultura opositora en el interior de la escuela, utilizan reglas y recursos entretreídos más allá de los contextos inmediatos de su acción?

Podemos especificar analíticamente lo que demanda dar el paso conceptual desde el análisis de una conducta estratégica hasta el examen de la dualidad de estructura como lo hacemos a continuación (un análisis institucional partiría del otro extremo, como lo indica la flecha que apunta hacia arriba):



Trasferir un análisis desde las actividades situadas de unos actores estratégicamente colocados supone estudiar, primero, las conexiones entre la regionalización de sus contextos de acción y unas formas más amplias de regionalización; segundo, la inserción de sus actividades en un tiempo —hasta dónde ellos reproducen prácticas, o aspectos de prácticas, de largo arraigo—; tercero, los modos de distanciamiento espacio-temporal que eslabonan las actividades y las relaciones en cuestión con características de sociedades globales o de sistemas intersocietarios.

El propio Willis ofrece una discusión muy perspicaz de algunos de estos fenómenos aunque su terminología sea diferente. La jerarquía formal de la escuela, desde luego, asimila modos de conducta y expectativas normativas que tienen amplia difusión por diferentes sectores de la sociedad, aunque influyan en ellos fuertemente las divisiones de clases. La escuela como sede está separada físicamente del lugar de trabajo y también en el tiempo se separa de la experiencia laboral en los recorridos de vida de los niños. Aunque escuela y lugar de trabajo comparten pautas generales de poder disciplinario, estos no son

meros aspectos de una forma institucional única. Como señala Willis, la disciplina de la escuela tiene un fuerte tono moralizante, que falta en el lugar de trabajo. La disciplina escolar expresa un «paradigma educacional abstracto, que mantiene y reproduce lo que él hace posible»<sup>11</sup> El carácter moral de este eje de autoridad, o las exigencias normativas en las que se concentra, influyen sobre la naturaleza de la subcultura rebelde. En su desdén manifiesto por las minucias de las rutinas escolares, «los chicos» hacen algo más que producir una conducta atípica para lo que de ellos se espera; muestran su rechazo a las prerrogativas morales en que pretende basarse la autoridad de los maestros. Pero los recursos de que el personal dispone para tratar de afirmar su autoridad incluyen al mismo tiempo algo más que esas pretensiones de legitimación. Los miembros del personal son «centros de recursos» para la distribución de conocimiento, visto como una mercancía escasa por los niños conformistas, si no por «los chicos», y ejercen el control más directo sobre la distribución de actividades en un tiempo y un espacio, que constituye la organización de las aulas y del horario de la escuela como un todo. Desde luego, en todo esto el personal de maestros utiliza por vía indirecta fuentes establecidas de apoyo institucional en la sociedad más amplia.<sup>12</sup>

Por su parte, las actitudes y la conducta de «los chicos» no han sido inventadas enteramente *de novo* por ellos mismos; se inspiran en un fondo de experiencia que es parte de su vida fuera de la escuela y que históricamente se ha formado en el interior de las comunidades de la clase obrera en general. Niños que rechacen las normas y la conducta esperada del medio escolar tienen a su disposición ese fondo de experiencia. Así que trasformen elementos de este y los apliquen al medio escolar, contribuirán a reproducir esas mismas características del contexto más amplio, aunque sea cierto que lo usen innovadoramente, no de una manera mecánica. El vecindario y la calle ofrecen además formas simbólicas de cultura juvenil que son, por un camino más directo, fuentes de temas expresados en la contra-cultura escolar. Willis menciona también la influencia de historias relatadas por adultos acerca de la vida en la fábrica, en especial las referidas a actitudes hacia la autoridad. Los padres contribuyen a transmitir a sus hijos una cultura de clase obrera, aunque es cierto que no todos se conducen de manera idéntica ni comparten las mismas opiniones. Además, existe un grado considerable de independencia en la modelación de opiniones entre padres e hijos. Algunos padres expresan actitudes muy similares a las de «los chicos» mientras que otros desaprueban su conducta con fuerza y energía. Y aun otros, que desconfían de los valores de la escuela o son hostiles a ellos, tienen hijos que obedecen puntualmente los patrones esperados de conducta escolar. El intercambio entre las

actividades de «los chicos» y los influjos de la sociedad más amplia, en otras palabras, es «elaborado» por todos los interesados.

Como fenómeno social registrado reflexivamente, el sistema escolar nacional recurre a la investigación sociológica y a la psicología. Ambas han impregnado la organización práctica de esta escuela en particular (sin duda que hoy mismo los maestros ya estarán bien familiarizados con el estudio del propio Willis). Se ha avanzado hacia una concepción en cierto modo más «progresista» con respecto a la organización del *curriculum* y de los métodos de enseñanza en el aula. Uno de los principales contextos donde «los chicos» entran en contacto directo con una investigación académica tomada de la sociedad más amplia es el referido a la orientación vocacional, que todas las escuelas deben ofrecer por exigencia estatutaria. La orientación para la elección de una carrera está influida sobre todo por la teoría psicológica y la aplicación de tests psicológicos, y se la toma en serio en la escuela. Como muestra Willis, a pesar de cierta aura igualitaria, la orientación vocacional está muy influida por valores y aspiraciones de clase media. Centrados en el «trabajo», los puntos de vista sustentados propenden a un contraste más bien enérgico con las actitudes e ideas sobre el trabajo que «los chicos» —según su propia y particular apropiación— han recogido de sus padres y de otras personas del vecindario y la comunidad. Ellos se burlan del material que se ofrece en las lecciones sobre las carreras, o se muestran indiferentes a él. Pero esta respuesta no es meramente negativa. Ellos se consideran en posesión de un entendimiento del verdadero carácter del trabajo, del que carecen los niños conformistas; y quizá sea así. Los conformistas tienen que hacer cosas «por un camino difícil», por ejemplo adquirir calificaciones, porque les falta ingenio para un mejor obrar. La supervivencia en el mundo del trabajo exige tener entrañas, determinación y ojo para la gran oportunidad.

No es difícil ver que estos puntos de vista, recogidos en ambientes estables de clase obrera y elaborados a partir de ahí, contribuyen a sumergir a «los chicos» en esos mismos ambientes tan pronto como abandonan la escuela. Las fuentes de discontinuidad con las normas «oficiales» de la escuela se sitúan en parte en una inoficiosa continuidad con los contextos del trabajo. Es la contra-cultura escolar la que proporciona la orientación rectora que «los chicos» llevan al ámbito del trabajo. Según suelen opinar tanto los muchachos como sus padres, existe una conexión directa entre relaciones de autoridad en la escuela y en el trabajo, y así se establecen entre unas y otras lazos cognitivos y emotivos muy diferentes de lo sacionado «oficialmente» en cada una. Podemos ver en esto una base de experiencia de largo abolengo en el tiempo y muy difundida en el espacio, que bajo diversos aspectos es

renovada por cada generación para la cual existan conexiones entre los mundos dispares y físicamente separados de la escuela y el trabajo. Las opiniones de «los chicos» sobre la escuela los orientan hacia el futuro, pero ellos ven un futuro «chato» —más de lo mismo— que no presenta ninguna de las cualidades progresivas asociadas a la noción de carrera, esencialmente de clase media. No se interesan por elegir oficios en particular, y se dejan ir hacia su quehacer en lugar de considerar con deliberación un espectro de alternativas para optar luego por un puesto. «Los chicos» —como explica Willis— se destinan ellos mismos a una vida de trabajo genérico. No es que tengan en su mente esa noción de «trabajo genérico». Motivados por un deseo de obtener enseguida los mejores salarios, y bajo el supuesto de que el trabajo es esencialmente desagradable, su conducta misma les marca esa destinación.

Si lo miramos dentro de un amplio marco espacio-temporal, por lo tanto, estamos ante un proceso de la regeneración de una cultura de clase obrera que contribuye a engendrar las actividades situadas de grupos como «los chicos» y que es actualizada por estas. Willis comenta:

«Los procesos informales y formales de la escuela son evidentemente vitales para la preparación de una fuerza de trabajo de cierto tipo, pero el hogar, la familia, el vecindario, los medios de comunicación social y la experiencia obrera no productiva en general son no menos vitales para su reproducción continua y su diaria aplicación al proceso del trabajo. De manera recíproca es importante apreciar la medida en que la fábrica, tanto por sus dimensiones objetivas como por la cultura opositora que engendra, reacciona de rechazo sobre los focos no productivos de la reproducción de una fuerza de trabajo y les imprime determinado sesgo tal que, como vimos en el caso de la contra-cultura escolar, pueda existir un círculo invisible y a menudo no buscado de sentido y de orientación que en definitiva obre para preservar y mantener una configuración particular, quizá también en este caso situada sobre una tangente con respecto a las intenciones de una política oficial».<sup>13</sup>

Cuando se plantea la cuestión de la fuerza de trabajo, surge una conexión con las relaciones de transformación/mediación que examiné a modo de ilustración en el capítulo 4. No volveré a tratar la cuestión pero simplemente indicaré la manera en que las relaciones estructurales intervinientes pueden ser elaboradas analíticamente en los términos de las actividades situadas de la contra-cultura escolar. Otros conjuntos estructurales, además de los examinados antes, envueltos en la re-

producción del capitalismo industrial como totalidad societaria global, se pueden representar como sigue:<sup>14</sup>

propiedad privada : dinero : capital : contrato de trabajo : autoridad industrial

propiedad privada : dinero : ventaja educacional : posición ocupacional

Las transformaciones situadas del lado izquierdo del primer conjunto son las mismas que ya analizamos. No obstante, la convertibilidad de las propiedades estructurales hacia el lado derecho se basa en los aspectos bajo los cuales el contrato de trabajo «se traduce» en autoridad industrial. Como lo mostró Marx con gran detalle, la forma del contrato de trabajo capitalista difiere completamente de los lazos de vasallaje que existían entre señor y siervo en el orden feudal. El contrato de trabajo capitalista es una relación económica entre empleador y empleado, el encuentro de dos agentes «formalmente libres» sobre el mercado de trabajo. Un aspecto determinante de la nueva forma de contrato de trabajo es que el empleador no alquila «al obrero» sino a la fuerza de trabajo del obrero. La equivalencia de la fuerza de trabajo es esencial —tal como la provee el dinero como elemento de intercambio unitario— para las transformaciones estructurales que supone la existencia de un capitalismo industrial como tipo genérico de sistema de producción. Un trabajo abstracto se puede cuantificar en unidades equivalentes de tiempo, con lo cual las tareas cualitativamente diferentes que los individuos realizan en las diversas ramas de la industria se vuelven intercambiables para el empleador. El contrato de trabajo se transforma en autoridad industrial por el poder económico que los empleadores, como clase, pueden ejercer sobre los obreros una vez que la gran mayoría de estos ha sido despojada de toda propiedad.

Según Marx, para que existan estas relaciones, «el propietario de dinero tiene que encontrar en el mercado al trabajador libre, libre en el doble sentido de que en su condición de hombre libre disponga de su fuerza de trabajo como de una mercancía propia y, por otro lado, que, no teniendo otra mercancía para vender, carezca de todo lo indispensable para la realización de su fuerza de trabajo».<sup>15</sup> Ahora bien, se podría interpretar el «tener que» como una «explicación» funcional de los fenómenos en cuestión, o inferirla de él, si se entendiera que el enunciado declara la razón por la cual esos fenómenos se producen. Sin duda existen fuertes resonancias funcionalistas en la formulación que Marx ofrece para algunos de los argumentos decisivos en su relato del desarrollo capitalista. Pero acordemos interpretar el «tener que» en el sentido que calificué como inobjetable, el de plantear una pregunta

que espera respuesta. Tales preguntas admiten ser respondidas por referencia no sólo a los tempranos orígenes del capitalismo, sino también a su reproducción continuada como un orden institucional global; no existen fuerzas mecánicas que garanticen esa reproducción de día en día o de generación en generación.

Lo que la investigación de Willis contribuye a mostrar, en los contextos situados de acción de «los chicos», es el modo en que las relaciones estructurales antes definidas se sustentan en esa acción y son reproducidas por ella. A causa de su muy «parcial penetración» del sistema escolar, de su indiferencia hacia la calidad del trabajo, pero de su predisposición a ingresar en el mundo laboral, «los chicos» se constituyen ellos mismos como una «fuerza de trabajo abstracta». El supuesto de que todo trabajo es igual confirma las condiciones de la intercambiabilidad de la fuerza de trabajo, que el contrato de trabajo capitalista implica estructuralmente. Hay lugar a conmisericordia aquí, porque, si el relato de Willis es válido, la cultura opositora de «los chicos» tiene la consecuencia de consustanciarlos más que a los conformistas, bajo algunos aspectos, con las instituciones de ese mismo orden al que se oponen. Pero en la complejidad misma de esta relación podemos ver la importancia de no reducirnos a «inferir» acción de estructura, o a la inversa; en otras palabras, de no admitir el dualismo de objetivismo y subjetivismo. Las actividades situadas de «los chicos», complicadas como están en orden a la mezcla de consecuencias buscadas y no buscadas, son sólo un minúsculo rincón de un proceso global de reproducción institucional cuya complejidad es enorme. Esta misma conclusión se alcanzará si se considera el lado derecho del otro conjunto estructural, los caracteres institucionales que convergen a la convertibilidad entre ventaja educacional y posiciones ocupacionales diferenciadas. Existen caminos bastante directos para convertir posesión de dinero en ventaja educacional, y esto a su vez se puede traducir en una posición ocupacional privilegiada. Es cierto que se puede comprar una educación privada que proporcione mayores posibilidades de obtener recompensas ocupacionales que las disponibles para los que cursan por el sector educativo estatal. Pero la traducción de lo uno en lo otro en principio incluye circuitos de reproducción mucho más complejos.

La definición de conjuntos estructurales es un auxiliar muy fecundo para conceptualizar algunos de los caracteres principales de un orden institucional dado. No obstante, como antes apunté, estructuras denotan un orden virtual de relaciones, fuera de todo tiempo y espacio. Estructuras existen sólo en su actualización en las actividades entendidas de sujetos humanos situados, quienes las reproducen como propiedades estructurales de sistemas sociales insertos en segmentos

de espacio-tiempo. Un examen de la dualidad de estructura, en consecuencia, supone siempre estudiar lo que antes denominé dimensiones o ejes de estructuración.

### *El problema del constreñimiento estructural*

Ahora quiero pasar al problema del constreñimiento estructural. Me despido aquí de los muchachos de la escuela de Hammertown. No quiero dar a entender con esto que una investigación etnográfica como la llevada a cabo por Willis no se prestaría a una consideración de aquel problema. Por el contrario, buena parte de lo que Willis sostiene se puede entender precisamente como una indagación sutil, con refinamiento en la teoría y no menor riqueza en lo empírico, sobre la naturaleza de un constreñimiento estructural. Pero tampoco deseo sostener que los estudios etnográficos tengan una suerte de primacía sobre otros tipos de investigación social, y con propósitos de análisis institucional nos interesamos en efecto a menudo (aunque no de manera inevitable) en agregados más vastos que los atendidos cómodamente en términos etnográficos. Cambiaré entonces de país, y de tipo de investigación, y tomaré como base de discusión un estudio sobre oportunidades educacionales realizado en Piamonte, en el noroeste de Italia.<sup>16</sup> La investigación informa sobre los resultados de una encuesta realizada por medio de cuestionarios y de entrevistas entre alumnos de escuela secundaria, que abarcó a unos tres mil individuos. Los entrevistados en la mayor de las dos investigaciones fueron todos jóvenes que habían empezado a buscar trabajo no más allá de un año antes del contacto que se tuvo con ellos.

En consecuencia, la investigación versó sobre temas muy similares a los del estudio de Willis, en particular sobre actitudes hacia la escuela y el trabajo. Además ejemplifica aspectos del registro reflexivo de una reproducción sistémica por parte del Estado, que son tan característicos de las sociedades contemporáneas. Los individuos entrevistados aparecían en listas compiladas por imperio de una resolución del Parlamento que llevaba el propósito de ayudar a encontrar empleo a quienes dejaban la escuela. La resolución parlamentaria estatúa beneficios para empleadores que contrataran a jóvenes y contemplaba diversas formas de entrenamiento para los oficios, etc. El mismo proyecto de investigación era parte del intento de las autoridades de influir de manera reflexiva sobre condiciones de una reproducción social. Lo auspiciaba el gobierno local, en parte como respuesta a un resultado más bien sorprendente de unas medidas anteriores que atendían a quienes dejaban la escuela. El gobierno había ofrecido seis-

cientos puestos bien remunerados a graduados desocupados de escuelas secundarias y de licenciaturas universitarias, pero una tercera parte de aquellos a quienes se ofrecieron esos trabajos los habían rechazado. Semejante reacción dejó perplejos a los autores de la medida, quienes sin duda creyeron que los desempleados aceptarían un empleo razonablemente bien remunerado que se les ofreciera. Para investigar la cuestión, financiaron el estudio.

El autor del informe de investigación, Gambetta, analiza su material de modo de plegarlo con mucha firmeza sobre cuestiones de confinamiento estructural. Se pregunta si, cuando los individuos escogen entre diversas opciones educacionales, ellos son «empujados» o «saltan». ¿En qué sentido existen, si es que esto es cierto, fuerzas afines a las retratadas por «sociólogos estructurales», que impelen a individuos por unos específicos cursos de acción? Gambetta en primer término presenta los resultados de la investigación de un modo semejante a miríadas de otros estudios donde se ha adoptado este tipo de punto de vista. Así, por ejemplo, se puede demostrar que el origen de clase influye sobre la índole de la elección educacional. Un niño «de clase alta» tiene cuatro veces más probabilidades de llegar a una educación superior que un niño «de clase obrera». ¿Qué nos dicen estas diferencias? Tal como están, no indican los mecanismos por los cuales se producen las correlaciones observadas; y cualesquiera que sean los influjos responsables, lejos están ellos de tener efectos inequívocos, porque muchos niños de clase alta no llegan a una educación superior, mientras que sí la alcanza cierta proporción de niños de clase obrera. No obstante, lo que en efecto indican estas observaciones es que existen más elecciones educacionales prácticas que factores que se pudieran representar de hecho como un agregado de decisiones tomadas por separado. En una reseña sobre resultados similares para una serie de estudios llevados a cabo sobre todo en América del Norte, Leibowitz demuestra que la varianza «explicada» para años de escolarización completados en función de origen socioeconómico varía entre diez y cuarenta y siete por ciento.<sup>17</sup>

Como es evidente, esas conexiones alcanzan apenas una expresión difusa si se las presenta bajo la forma de correlaciones tan aproximativas. En consecuencia, Gambetta se pone a buscar con más cuidado fuentes de varianza entre clases, para lo cual somete a control estadístico un número de factores que podrían influir. En la cuantificación de diferencias económicas, como las indica el ingreso familiar de cada niño, y de «recursos culturales», medidos por la educación de los padres, los resultados muestran que la ocupación del padre —probablemente el índice empírico más común de origen de clase empleado en la investigación— conserva un efecto considerable sobre el destino

educacional. Los resultados indican también la ocurrencia de un proceso secuencial de efectos. Los niños de clase obrera son más proclives que otros a ser eliminados en un estadio relativamente temprano porque abandonan la escuela a la primera oportunidad que se les ofrece. Pero los que permanecen son más proclives a ir a la universidad que los niños de clase alta que permanecen; en otras palabras, estos últimos son más proclives a abandonar una vez que alcanzaron las fases más avanzadas del proceso educacional. Esto indica que las familias de clase alta quizá se inclinen de una manera más o menos automática a mantener a sus hijos en el sistema educativo más allá de la edad común para abandonar la escuela. O sea que existen influjos que «empujan» hacia arriba, no sólo hacia abajo, a los niños de clase obrera. Los padres de clase obrera no suelen mantener a sus hijos en el sistema educacional si no tienen una razón especial para hacerlo: un hijo excepcionalmente dotado, uno particularmente motivado para seguir estudiando, etcétera.

¿Eran los niños de clase obrera empujados, o saltaban ellos? ¿Eran «sacados de escena» por tener lo que Willis denomina una «penetración parcial» de las posibilidades de vida que los aguardaban? Un análisis estadístico más detallado de su material permite a Gambetta demostrar que, en vísperas de la decisión inicial de permanecer en la escuela o dejarla, los niños de clase obrera son mucho más sensibles a la falta de éxito educacional que los niños de clase alta. Esto indica que las familias y los niños de clase obrera tienen una comprensión realista de las dificultades que enfrentan para «ser con» en el sistema escolar. Podemos al menos conjeturar una interpretación de las razones por las cuales los niños de clase obrera que han permanecido en la escuela suelen ser menos proclives que los otros a abandonarla. Para estos niños, y para sus padres, permanecer exige un mayor compromiso (con valores que son culturalmente «ajenos») que en el caso de los de clases altas. También los costos materiales son más grandes; en efecto, para los padres el costo marginal de mantener un hijo en la escuela es más sustancial que para las familias de clase alta. Una vez aceptado el compromiso, la «inversión» cultural y material por proteger es mayor que en el caso de los niños de clase alta.

Cabe suponer que influyen sobre esas decisiones un conocimiento de los mercados laborales así como actitudes hacia el trabajo en general. En este punto Gambetta examina una concepción de la conducta en los mercados laborales que ha atraído considerable atención en Italia: la «teoría del estacionamiento». Según este punto de vista, la longitud educacional resulta inversamente proporcional a las oportunidades de movilidad social a edades tempranas de abandono de la escuela. El relato motivacional implícito en esta teoría del estaciona-

miento consiste en que, *ceteris paribus*, se prefiere el trabajo a la escuela. Los que propusieron la teoría<sup>18</sup> ofrecieron un relato de los motivos y las razones de los actores que en buena medida es implícito y al mismo tiempo es «tenue». No obstante, la teoría del estacionamiento es interesante porque da lugar a ciertas posibilidades contrarias a la intuición; por ejemplo, indica que la longitud educacional, en determinadas circunstancias, puede estar en relación inversa con el nivel de desarrollo económico de un vecindario o de una región. Así, Barbagli descubrió que, para Italia en su conjunto, el ingreso promedio per cápita se correlaciona positivamente con la tasa de asistencia a la escuela en el grupo de edad de once a quince años. Por otro lado, la tasa de permanencia, pasada la edad a la que es legalmente posible abandonar la escuela, se correlaciona negativamente con el ingreso per cápita y otras mediciones del desarrollo económico provincial. Gambetta infiere que, por las mayores dificultades para encontrar empleo, los que viven en provincias pobres propenden a permanecer en la escuela.<sup>19</sup>

Pero como la teoría del estacionamiento es «tenue» en términos motivacionales, no nos da lugar a considerar diversas interpretaciones posibles de esos resultados. Por ejemplo, ¿sería idéntica esta pauta de permanencia en la escuela si la asistencia más prolongada a ella no prometiera beneficios económicos? En este punto, la teoría del estacionamiento sugeriría conclusiones distintas de las teorías del «capital humano», que analizan las decisiones educacionales en términos de costo-beneficio. Para evaluar estas posibilidades dispares, Gambetta correlacionó la decisión de permanecer en el sistema educativo en el nivel universitario con diferencias económicas en la región del Piemonte. Los resultados muestran que no se trata sólo de una elección negativa, como supone la teoría del estacionamiento: la permanencia es en parte una decisión positiva «empujada» por los atractivos de las oportunidades que una mejor educación ofrece. Pero, por su parte, las teorías del «capital humano» presentan una simplificación excesiva en términos de sus presuposiciones motivacionales, tal como lo muestra la investigación. Además, esas teorías son incapaces de aprehender consecuencias no buscadas de una pluralidad de cursos de acción considerados separadamente. Puede tratarse de consecuencias perversas que resulten sin quererlo de decisiones de permanecer a fin de lograr recompensas ocupacionales máximas. Cada individuo acaso actúe con la expectativa de beneficios más altos, pero si un número excesivo actúa de este modo, los beneficios esperados se evaporan.<sup>20</sup>

La pregunta que Gambetta hizo originalmente —¿eran empujados o saltaban ellos?— lo movió a rebasar los límites usuales de una sociología estructural. Así él se habilita para analizar su material empírico de suerte de pasar de una perspectiva institucional al estudio de una

conducta intencional. Sus sujetos de investigación son más que meros «números sociológicos». Pero en lugar de discutir directamente el análisis que hace Gambetta de sus resultados, seguiré líneas de pensamiento elaboradas en un capítulo anterior. Permítaseme repetir lo que antes dije sobre las restricciones impuestas a la acción. En primer lugar, los constreñimientos no «empujan» a nadie a hacer cosa alguna si no ha sido ya «arrastrado». En otras palabras, un relato de conducta intencional es indispensable aunque los constreñimientos que limitan cursos de acción sean muy severos. En segundo lugar, los constreñimientos son de diversos tipos. Es importante en este caso distinguir entre un constreñimiento que derive de sanciones diferenciales y un constreñimiento estructural. En tercer lugar, estudiar, en algún particular contexto de acción, el influjo de un constreñimiento estructural, implica especificar aspectos significativos de los límites del entendimiento de los agentes.

Consideremos estas cuestiones en orden inverso. Por lo que se refiere al tercer punto, es evidente que buena parte de lo que Gambetta sostiene en realidad se refiere a la determinación de los límites del entendimiento de los agentes. Por ejemplo, dedica una atención bastante considerable a especificar lo que padres e hijos parecen saber acerca de los mercados de trabajo en su área local. Esto es manifiestamente importante. Lo mismo vale para el entendimiento sobre el *medio* escolar. Un estudio de tipo estadístico es incapaz de producir un material con la riqueza de detalle que ofrece el trabajo de Willis. Pero se pueden hacer inferencias —y respaldarlas en el material de investigación, como lo demuestra Gambetta— sobre los tipos de entendimiento que padres e hijos parecen tener acerca del «valor monetario» de la educación.

Con respecto al segundo punto, conviene apuntar que existen varias clases de sanción que afectan la posición de los niños; se las puede distinguir con mucha comodidad de las fuentes de un constreñimiento estructural. La asistencia a la escuela y la edad mínima para abandonarla están fijadas por ley. Padres y niños infringen a veces esta obligación legal, sobre todo en las regiones meridionales de Italia, pero en general ella establece el marco dentro del cual se toman las decisiones del tipo de las que Gambetta analiza. Los niños están además sujetos a sanciones informales de parte de los padres y de otros personajes escolares. Como los padres deben mantener a aquellos de sus hijos que permanecen en la escuela, disponen de una fuerte sanción económica para influir sobre la perseverancia o no de sus hijos en el sistema educacional; desde luego que puede intervenir también un espectro de otros mecanismos sancionadores más sutiles. Estudios como el de Willis demuestran suficientemente que una diversidad de esos mecanismos existe también en el ambiente escolar.

Consideraré por último la primera cuestión. Determinar un constreñimiento estructural en un contexto o en un tipo de contexto específico de acción impone considerar las razones de los actores con respecto a la motivación que se sitúa en el origen de sus preferencias. Si unos constreñimientos estrechan el espectro de alternativas (hacederas) hasta el punto de que un actor tenga ante sí sólo una opción o un tipo de opción, cabe presuponer que el actor no encontrará conveniente hacer otra cosa que acatar. Aquí interviene la preferencia negativa de querer evitar las consecuencias de un no acatamiento. Si el agente «no pudo actuar de otro modo» en esta situación, fue sólo porque existía una sola opción, dadas las necesidades del agente. *Es preciso* no confundir esto, según lo he expuesto consistentemente, con el «no pudo haber hecho otra cosa» que señala el límite conceptual de una acción; exactamente en esta confusión suelen incurrir los sociólogos estructurales. Donde existe una sola opción (hacedera), la noticia de esta limitación, en conjunción con las necesidades, proporciona la razón para la conducta del agente. Porque el constreñimiento —entendido como tal por el actor— es la razón de esa conducta, se hace expedita la elipsis de la sociología estructural.<sup>21</sup> Desde luego que unos constreñimientos cuentan también en el razonamiento de actores cuando entra en consideración un espectro más amplio de opciones. Otra vez debemos poder cuidado aquí. Puede ocurrir, bajo un conjunto particular de circunstancias, que modelos formales de preferencia o de toma de decisiones ofrezcan una vía analíticamente potente para interpretar conexiones entre propiedades estructurales, pero ellos no sustituyen las investigaciones más detalladas del raciocinio de los agentes, como las proporciona una investigación etnográfica. Consideremos una vez más la conducta de «los chicos». Un modelo «económico» sin duda explicaría hasta cierto punto su raciocinio. En vista de que la educación formal tiene poco que ofrecerles en materia de perspectivas laborales, ellos en efecto deciden disminuir su pérdida yéndose a trabajar lo más pronto que puedan. No obstante, esa representación de su conducta no comunica nada de las sutilezas o de la complejidad que el estudio de Willis pone de manifiesto.

El estudio de Gambetta trata del influjo de un constreñimiento estructural en el interior de la situación inmediata de acción a que se enfrentan los que dejan la escuela. Sin duda se justifica circunscribir de ese modo el foco, en vista de que toda pieza de investigación no puede menos que ser circunscrita. Pero es evidente que potencialmente el influjo de constreñimientos estructurales sobre el curso de acción de que se trata se podría examinar a profundidad mucho mayor. Así, se podría investigar si los motivos y procesos de raciocinio de los actores se han visto influidos por su crianza y sus experiencias anteriores, y si

a su vez esos factores recibieron el influjo de rasgos institucionales generales de la sociedad global. No obstante, tales «fuerzas sociales» en principio se pueden estudiar también exactamente como lo fueron los fenómenos considerados de manera directa en la investigación de Gambetta. En otras palabras, los constreñimientos estructurales en todos los casos operan a través de los motivos y las razones de los agentes, e instalan (a menudo bajo aspectos difusos e indirectos) condiciones y consecuencias que afectan a opciones abiertas a otros y a lo que pretendan de las eventuales opciones de que dispongan.

### *La contradicción y el estudio empírico de un conflicto*

Perseguir los temas conectados de la educación y del Estado nos proporciona un hilo continuo de material para pasar a considerar un nuevo espectro de cuestiones que importan a un trabajo empírico. En un capítulo anterior indiqué que el concepto de contradicción admitía una conexión fecunda con nociones de propiedades estructurales y constreñimiento estructural. Mi exposición en ese capítulo fue relativamente sucinta y también abstracta en alto grado. Sostuve que la noción de contradicción puede recibir una acepción clara en teoría social, y que conviene distinguirla del conflicto, donde este último término denota alguna forma de antagonismo activo entre actores y colectividades. Ahora quiero tratar de defender esta tesis en un contexto empírico, para lo cual sólo me interesaré en lo que antes denominé «contradicción estructural». Los más importantes e interesantes intentos recientes por dar al concepto de contradicción un contenido empírico preciso se encontrarán en la obra de autores influidos por la teoría de juegos, que adoptan un punto de vista explícitamente ligado al individualismo metodológico.<sup>22</sup> Uno de estos autores, Boudon, ha escrito por extenso sobre educación y política estatal. La obra de otro, Elster, es una de las principales fuentes en que se inspiró Gambetta en el estudio que acabamos de analizar.

Boudon y Elster asocian contradicción con las consecuencias no buscadas de una acción, una subclase de los «efectos perversos» que pueden ser consecuencia de los actos intencionales de una pluralidad de individuos. Elster distingue dos variedades de contradicción así entendida: la que implica «finalidad contraria» y la que implica «suboptimidad».<sup>23</sup> La primera de estas se relaciona con lo que Elster denomina la falacia de composición: la opinión errónea de que lo posible para una persona en un conjunto dado de circunstancias es necesariamente posible al mismo tiempo para todas las demás personas en esas circunstancias. Por ejemplo, del hecho de que alguien pueda depositar

todo su dinero en un banco y ganar de ese modo intereses no se sigue que todos puedan obrar así.

La tesis de Elster es que muchos ejemplos de la falacia de composición se pueden redefinir diciendo que incluyen relaciones sociales contradictorias. Consecuencias contradictorias se siguen siempre que todo individuo de un agregado de individuos obre algo tal que, si produce el efecto buscado hecho aisladamente, genere un efecto perverso hecho por todos. Si todo el auditorio de un salón de conferencias se pone de pie para ver mejor al conferencista, nadie lo conseguirá. Si cada granjero de un área dada intenta adquirir más tierra abatiendo árboles, con la consecuencia de que el suelo se erosione a causa de la deforestación, todos terminarán con menos tierra de la que tenían al comienzo. Estos son resultados que no sólo nadie busca sino que además contrarían lo que todos desean en esa situación; sin embargo, derivan de una conducta que buscaba satisfacer anhelos, y que lo conseguiría para el caso de individuos si no fuera porque la conducta en cuestión se ha generalizado. Considérese la discusión de Marx sobre la tendencia descendente de la tasa de ganancia en economías capitalistas.<sup>24</sup> En circunstancias en que la economía crece con tal ritmo que absorbe fuentes disponibles de mano de obra, los salarios tienden a aumentar a medida que los empleadores sufren escasez de la fuerza de trabajo que necesitan. Para compensarlo, los empleadores introducen innovaciones técnicas que ahorran costos laborales. Aunque esta respuesta acaso procure mayores ganancias a industriales individuales, el monto total de plusvalor, y por lo tanto de ganancia, declina para el conjunto de la economía, porque se ha elevado la proporción del capital constante sobre el capital variable. Y una vez que todos, en cierto sector de la economía, hayan introducido la misma innovación tecnológica, pueden encontrarse todos en peor situación que antes.

El segundo tipo de relación contradictoria, la suboptimidad, se define en los términos de la teoría de juegos. Es aquel en que todos los participantes de una situación de teoría de juegos optan por una estrategia de solución, conscientes de que los demás participantes harán lo mismo y de que todos ellos podrían haber obtenido tanto y más si se hubiera adoptado otra estrategia. A diferencia del caso de la finalidad contraria, los que intervienen son conscientes de los resultados a que su conducta acaso conduzca en diversas conjunciones con la acción de otros. Supongamos que unos granjeros que producen determinado cereal pudieran obtener mayores ganancias si formaran un cartel. Si se formara un cartel, sería todavía más beneficioso para el granjero individual burlar el acuerdo del cartel para obtener ganancias con ello sin quedar obligado. Como todos los granjeros saben que esto es así, no se establece cartel alguno.<sup>25</sup> Boudon ha aplicado una interpretación, bajo

cierto aspecto comparable, a una investigación sobre educación y movilidad social. En la década de 1960 la educación superior se expandió en casi todos los países industrializados. A medida que se elevaban los niveles educacionales, más personas tomaban ocupaciones para las que, con arreglo a las exigencias formales de la tarea en cuestión, ellas tenían un notable exceso de calificación. En parte como respuesta a la frustración que esto producía, en muchos países se instituyó lo que se denominaría educación superior «de carreras cortas», cursos breves que ofrecían opciones de corto plazo más flexibles. Pero pocos elegían ingresar en esos cursos. ¿Cuál sería la razón? Boudon sostiene que el fracaso de la educación de carreras cortas se puede entender en términos análogos al dilema del prisionero: un resultado subóptimo de decisiones racionales adoptadas por la población estudiantil consciente de su resultado probable. La investigación demuestra que personas que eligieron cursos de estudio de carreras cortas tienen posibilidades de obtener empleos bien remunerados no inferiores a los que eligieron carreras largas, más tradicionales. Parece también que la mayoría de los estudiantes son conscientes de este hecho. Esto intuitivamente nos llevaría a suponer —como hicieron los gobiernos que instituyeron esas carreras— que una elevada proporción de estudiantes elegiría las carreras cortas. Por evidente que parezca —apunta Boudon—, este supuesto sería incorrecto. Las elecciones que hacen los estudiantes se basan, como en el caso del dilema del prisionero, en que cada individuo elige sabiendo que otros hacen elecciones a partir de las mismas alternativas. Los estudiantes de hecho maximizan sus opciones si eligen una educación de carreras largas, aun sabiendo que otros posiblemente piensen igual y aunque algunos individuos extraigan más provecho de la opción por una carrera corta.<sup>26</sup>

Las formulaciones de Elster y de Boudon son atractivas porque permiten dar un sentido claro a la contradicción (aunque Boudon mismo no usa el término) y porque indican un camino para infundir contenido empírico a esta noción. Las consecuencias de actos intencionales son contradictorias cuando esas consecuencias son perversas porque la actividad misma por la cual se persigue un objetivo disminuye la posibilidad de alcanzarlo. No obstante, son asaz evidentes las dificultades que ofrece esta concepción de la contradicción. Se asocia de manera estrecha con el uso de modelos tomados de la teoría de juegos. Ahora bien, no hay duda de que modelos de teoría de juegos pueden ser muy fecundos en una investigación empírica para indicar tanto los problemas por investigar como las interpretaciones de que son susceptibles los resultados de una investigación. La obra de Boudon en la sociología de la educación es un caso ilustrativo. Pero el alcance mismo de la teoría de juegos en su aplicación a las ciencias sociales parece li-



mitado. Aunque modelos de teoría de juegos puedan ser elegantes y satisfactorios cuando se los enuncia en abstracto o en términos matemáticos, su relación con una conducta real suele ser muy tenue.

Es más cómodo defender las aplicaciones empíricas de modelos de teoría de juegos en casos que responden a circunstancias particulares: aquellos en los que se deben tomar «decisiones» definidas; en que es fácil especificar las consecuencias dispares sobrevinientes; y en que las decisiones de que se trata son tomadas aisladamente por un agregado de individuos que no mantienen entre sí comunicación directa. No es infrecuente descubrir esas circunstancias en las sociedades modernas, pero existen muchos contextos de vida social que no son de ese tipo. Mientras que su dependencia de una teoría de juegos es una fuente de limitación para esta clase de abordaje del concepto de contradicción, otra es su afiliación a un individualismo metodológico, que en particular es adoptado de manera explícita por Elster. Acaso esta conexión sea lógicamente contingente, pero no es difícil ver la razón de que aquella y este propendan a ir juntos. Elster sitúa la contradicción en la disjunción entre actos individuales, realizados aisladamente, y la suma de sus consecuencias. En buena parte se limita a lo que he denominado el análisis de una conducta estratégica. Desde ese punto de vista no hay modo de comprender que una contradicción pueda estar implícita en las condiciones estructurales de una reproducción sistémica.

Pero sostengo que justamente esa comprensión es la que alcanza para la teoría social una importancia mayor que la sugerida por Elster y Boudon, y la que ofrece un mayor radio para un trabajo empírico. No quiero poner en entredicho el peso de sus ideas sino más bien complementarlas. Resultados contradictorios del tipo que ellos examinan se pueden suponer ligados sistemáticamente en muchos casos con lo que he denominado contradicción estructural. Deseo comprender el concepto de contradicción menos en abstracto que ellos, además de desgajarlo de las premisas de un individualismo metodológico. O sea: quiero conectar esta noción, de una manera sustantiva, con los tipos globales de totalidad societaria que distinguí antes, de tal suerte que, si bien puede haber muchos ejemplos de contradicción secundaria, estos deriven de las modalidades de contradicción dominantes con arreglo a las cuales se estructuran las sociedades. Sin embargo, tal como las he definido, contradicciones estructurales primarias y secundarias empero conservan el mismo núcleo de sentido que Elster atribuye al término; las condiciones de reproducción sistémica nacen de propiedades estructurales que operan en el sentido de negar los principios mismos en los que se basan.

Como ejemplo de unas reflexiones atinadas sobre la contradicción primaria de los Estados capitalistas, quiero referirme a algunos de los

escritos de Offe sobre la cuestión.<sup>27</sup> Estos presentan compatibilidad lógica y sustantiva —al menos bajo algunos de sus principales aspectos— con las ideas que he propuesto en este libro, y han generado una buena cantidad de trabajo empírico esclarecedor. La forma institucional del Estado capitalista se expone en los términos de los siguientes rasgos (entre otros):

1. «El poder político tiene prohibido organizar la producción con arreglo a sus propios criterios políticos». En otras palabras, vastos sectores de organización económica no son coordinados por el gobierno sino por actividades que se llevan a cabo en el interior de esferas «privadas» de la empresa económica. La base institucional de estas esferas se descubre en la propiedad privada y en la «posesión» secular de fuerza de trabajo.
2. «El poder político depende indirectamente —a través de los mecanismos de recaudación de impuestos y de la dependencia del mercado de capitales— del volumen de la acumulación privada». Esto quiere decir que el Estado se costea con impuestos que derivan de procesos de desarrollo económico que los organismos estatales no controlan de manera directa.
3. «Como el Estado depende de un proceso de acumulación que está fuera de su poder organizar, todo ocupante del poder estatal tiene un interés esencial en promover las condiciones más propicias para la acumulación».<sup>28</sup>

El tercer punto es un importante agregado a los otros dos porque contribuye a evitar una conclusión favorable a un funcionalismo irrestricto. Aclara que los fenómenos definidos en los dos primeros puntos son conocidos por quienes dirigen los organismos estatales, que actúan a la luz de ese conocimiento.

¿Por qué el Estado capitalista, así caracterizado, es una forma social contradictoria? Porque las condiciones mismas que hacen posible la existencia del Estado ponen en juego mecanismos que contrarían un poder estatal, a la vez que nacen de estos. Una «apropiación privada», para usar la terminología tradicional, exige una «producción socializada» al mismo tiempo que la niega. Otro modo de expresar esto —elaborado con mucha potencia analítica por Offe— es decir que mientras el Estado depende de la forma mercancía, simultáneamente depende de una negación de la forma mercancía. La expresión más directa de la mercantilización es la compra y venta de valores; tan pronto como unos valores dejan de ser considerados intercambiables en términos de dinero, pierden su carácter mercantil. La naturaleza contra-

dictoria del Estado capitalista se expresa en el tironeo entre mercantilización, des-mercantilización y re-mercantilización. Tomemos como ejemplos la provisión de cuidados de salud y de transportes públicos. La institución de una medicina socializada significa des-mercantilizar aspectos importantes de los cuidados de salud y ponerlos sobre una base que no es la de saber si los individuos que necesitan tratamiento pueden o no pagarlos. Ahora bien, los que tienen menos necesidad de una medicina socializada —los sectores más pudientes de la población, que se inclinan por la medicina privada aunque haya oferta de servicios médicos públicos— tienen que contribuir de manera desproporcionada a pagarla por la vía de impuestos progresivos. En consecuencia se inclinarán a presionar en el sentido de que algunos de los servicios de la medicina pública vuelvan a ser prestados sobre una base comercial. Esto mismo se aplica en buena parte al transporte público. Los que pagan más impuestos, y que contribuyen más a la financiación del transporte público, suelen hacer la mayor parte de sus viajes en automóviles privados. En consecuencia es probable que ofrezcan resistencia a medidas que vean en el transporte público más un bien general para la comunidad que un conjunto de servicios con viabilidad comercial. Como los situados en grupos de menor ingreso propenderán a tener opiniones opuestas, puede ocurrir que la conducción del Estado vacile entre la des-nacionalización y la re-nacionalización de esos servicios según lleguen al poder partidos sucesivos que representen diferentes intereses de clase.<sup>29</sup>

El análisis de Offe plantea de manera incisiva el problema de la relación entre contradicción y conflicto, pero, antes de abordar esto directamente, quiero perseguir el tema de la contradicción secundaria. Contradicciones primarias se pueden eslabonar bajo una diversidad de aspectos más o menos directos con contradicciones secundarias. Algunas son de carácter muy general, pero otras pueden estar mucho más contextualizadas. Consideremos los ejemplos que siguen, escogidos al azar en la bibliografía sociológica. Hay ejemplos de resultados perversos, pero me parece razonable afirmar que ellos expresan contradicciones.

1. Un estudio sobre los gerontes y la provisión de beneficios complementarios. En los Estados Unidos se introdujeron beneficios complementarios de seguro para mejorar la suerte de personas ancianas de bajos ingresos. Pero tuvieron la consecuencia de elevar el nivel de su ingreso hasta el punto de percibir unos pocos dólares más del máximo para disfrutar de ayuda médica estatal. Por lo tanto, se les negó cobertura médica, con lo que muchos quedaron en peor situación que antes.

2. Un estudio sobre la policía. En la ciudad de Nueva York, para reducir el costo del trabajo extra de los funcionarios que formaban el personal existente, se aumentó el número de los que patrullaban las calles. No obstante, la principal fuente de horas extras para la policía es la atención de los arrestos. Más policías en las calles determinaron un mayor número de arrestos, y esto agravó la situación cuyo remedio se esperaba de los nuevos policías.
3. Un análisis de los motines urbanos de Detroit. A fines de la década de 1960 se hizo un esfuerzo de vasta escala para prevenir la recurrencia de motines en los guetos de Detroit; se aumentaron los recursos de bienestar social y se ofrecieron mayores oportunidades de empleo para los pobladores del centro de la ciudad. Ahora bien, grandes números de personas pobres se vieron atraídas al centro urbano desde las afueras para aprovechar los programas ofrecidos. Muchas de ellas no pudieron encontrar empleo en el centro urbano y así se sumaron a las filas de los desempleados. Otros ocuparon puestos de trabajo que en otro caso habrían correspondido a los desempleados crónicos del centro. De este modo se agravaron y no se atemperaron las condiciones que, según el diagnóstico hecho, eran propicias al estallido de motines.<sup>30</sup>

Estos ejemplos se prestan para convencernos de la probable conexión entre una contradicción estructural, una contradicción como la entienden Elster y Boudon, y la ocurrencia de un conflicto social. En expresión sintética, sostendré esta tesis: es probable que una contradicción se eslabone directamente con un conflicto cada vez que consecuencias perversas se sigan o que los interesados consideren esperable que se sigan. No quiero decir que contradicciones generen siempre consecuencias perversas, ni que todas las consecuencias perversas sean contradictorias. Pero una contradicción es una especie de perversidad estructural, y es esperable que genere de continuo consecuencias perversas bajo las modalidades en que se manifiesta en la conducta de actores situados. Es esperable que resultados perversos produzcan resentimiento, y en consecuencia una movilización al menos potencial para la lucha, justamente a causa de sus «efectos de rebote». Esto significa que las cosas quedan peor de lo que antes estaban, en circunstancias en que todos los interesados, o la mayoría de ellos, esperaban que mejorarían. El estudio de consecuencias perversas de tipo contradictorio forma por lo tanto un terreno fecundo para el examen de los orígenes de conflictos. Pero se ve claramente que es muy limitante identificar la contradicción con esas consecuencias *per se*; en efecto, por una parte, una contradicción estructural no necesariamente lleva a consecuencias perversas, y, por la otra, consecuencias perversas no son

las únicas circunstancias que se puedan asociar con una contradicción capaz de estimular un conflicto.

Consecuencias perversas, se diría, son resultados contingentes que acaso sobrevengan bajo circunstancias de contradicción estructural. Condiciones más genéricas para la instigación de conflictos se encuentran en la asociación entre una contradicción y unos intereses colectivos. El capitalismo es una sociedad de clases, y la contradicción entre «apropiación privada» y «producción socializada» se aloja en divisiones de clases que a su vez expresan intereses opuestos. Puede variar, desde luego, la articulación entre contradicciones e intereses. Pero es razonable afirmar que mientras mayor sea la convergencia de contradicciones, primarias y secundarias, más prevalecerá un alineamiento de divisiones de intereses, y será más probable que se desarrolle un conflicto abierto a lo largo de la «línea de fractura» de esas contradicciones. Podemos admitir que existen tres conjuntos de circunstancias particularmente propicias para examinar la relación entre contradicción y conflicto: la opacidad de la acción, la dispersión de contradicciones y la prevalencia de una represión directa.<sup>31</sup> Por «opacidad» de la acción entiendo, con términos de Willis, el grado de penetración que tienen los actores sobre las cualidades contradictorias de los sistemas sociales en los que están incluidos. Una comprensión de la naturaleza de ciertas contradicciones puede dar origen a una acción encaminada a resolverlas o superarlas. Pero sería un argumento viciado el que ligara esa comprensión con un cambio social exclusivamente. La contradicción es una fuente de dinamismo, pero el que actores legos lo comprendan puede promover intentos de estabilizar un estado de cosas existente no menos que intentos de trasformarlo. La importancia de este punto alcanza una gravitación sustantiva con respecto a los pronósticos de Marx acerca de la presunta transición del capitalismo al socialismo. Marx sostuvo que los miembros de la clase obrera comprenderían cada vez mejor la naturaleza contradictoria de la producción capitalista, y esto los movilizaría para trasformarla. No parece haber concedido mucha ponderación a la posibilidad de que grupos dominantes de la sociedad adquirieran una comprensión del sistema lo bastante refinada en parte como para estabilizarlo. Justamente en estos términos se puede ver el papel cada vez mayor del Estado. Es que el Estado no se reduce a verse tironeado por una contradicción primaria; los organismos estatales pueden tratar de registrar las condiciones de una reproducción sistémica con tal de reducir al mínimo los conflictos que de otro modo tenderían a estallar.

El grado de fusión o dispersión de contradicciones tiende a variar con arreglo a dos grandes conjuntos de condiciones. Uno es el del «desarrollo desigual», el otro, el de la regionalización. Es poco lo que hace

falta decir aquí sobre el concepto de desarrollo desigual o sobre sus aplicaciones empíricas. Por lo común se lo asocia con el pensamiento marxista, y en particular con los escritos de Trotsky y de Lenin, aunque su aclaración y aplicación de ninguna manera se circunscribió al marxismo. Pero la noción tiene una aplicación más amplia que la reconocida de ordinario. Por lo común sólo se la pensó relacionada con procesos de cambio de gran escala; no existe razón para que no sea fecunda también en contextos espacio-temporales más restringidos. La idea de regionalización ciertamente es significativa aquí. Un particular «despliegue» regional, unido a tasas diferenciales de cambio, acaso contribuya a producir una promoción de contradicciones y con probabilidad también de consecuencias perversas. Justamente es el tipo de situación, por ejemplo, cuya vigencia diagnosticó Lenin en Rusia a poco de comenzado el siglo XX. Pero otras formas de regionalización tal vez produzcan una difusión o segmentación de contradicciones. Siempre que esto suceda, conflictos que surjan tenderán a ser fragmentados y transversales, de suerte que los resultados de ciertas luchas cancelen los de otras. Por represión directa entiendo el uso de la fuerza o la amenaza de su uso para inhibir la emergencia de una lucha activa. El uso de la fuerza se puede considerar en general justamente una de las expresiones de la ocurrencia de un conflicto, pero la amenaza de su uso, o ciertas exhibiciones tácticas de fuerza, pueden servir de la misma manera para prevenir que fuentes de disenso emerjan como una lucha abierta. El que se incline a argumentar que un control de los medios de violencia no se puede emplear para amortiguar conflictos si estos son profundos y esenciales debería considerar casos como el de Sudáfrica.<sup>32</sup>

### *Estabilidad institucional y cambio*

Por último examinaré una pieza de investigación que, a diferencia de las otras que expuse, estuvo influida en parte directamente por la teoría de la estructuración. El trabajo en cuestión es el reciente estudio de Ingham sobre el papel de la City en Gran Bretaña durante los dos últimos siglos aproximadamente.<sup>33</sup> El problema empírico que Ingham se propone estudiar es averiguar cómo la City, el centro financiero con base en Londres, ha mantenido su preeminencia sobre el capital industrial de Gran Bretaña durante un período tan prolongado. Más en general se interesa por la naturaleza del Estado moderno.

Las organizaciones que colectivamente forman la City, según Ingham, se dedican sobre todo a actividades que se pueden definir como «comerciales». Estas actividades incluyen, entre otras cosas, la finan-

ciación del comercio, los seguros de mercancías y transporte, y transacciones de comercio exterior. No sólo se ocupan de las relaciones entre Gran Bretaña y otros Estados, sino también de las ramificaciones de la empresa capitalista en una escala global. Extremadamente significativo en este aspecto es el papel que la City desempeña en la administración de los medios de pago domésticos como «dinero mundial», un medio de intercambio de validez internacional. Ingham critica teorías para las cuales la City se interesa en el «capital financiero». Es cierto que las actividades de la City son financieras en el sentido de que conciernen a la circulación del capital, pero la City se interesa ante todo por la intermediación bajo todas sus formas, por la obtención de ganancias a partir de prestar servicios de intermediación entre los que están directamente empeñados en el uso productivo del capital.

Ingham muestra que para entender correctamente la supervivencia del poder de la City desde fines del siglo XVIII es indispensable dejar de lado el estilo de teorización endógena que dominó en la bibliografía anterior y ver el modo en que organizaciones dirigentes de la City reaccionaron ante sucesos políticos contingentes. Tanto Marx como marxistas posteriores, tal Hilferding, intentaron explicar (o explicarse) el papel de la City principalmente en los términos de concepciones endógenas del desarrollo capitalista. Marx reconoció las cualidades distintivas de la City en la vida económica británica del siglo XIX, y se refirió a ellas: analizó sus orígenes por referencia a algunos de los rasgos de la economía británica en su paso del dominio del capital comercial al del capital industrial. Pero el desarrollo del capitalismo industrial, según la concepción de Marx, pronto desalojaría al capital comercial y bancario de su posición central. A medida que la producción industrial avanzara, el capital productivo alcanzaría el predominio económico y político sobre la «bancocracia» de abolengo más tradicional. En consecuencia, el análisis de Marx sobre la cuestión ofrece escasos esclarecimientos sobre las razones por las cuales el poder económico y político de la City consiguió mantenerse en el largo plazo. El punto de vista de Hilferding, elaborado en fecha posterior, es no menos insuficiente. Según Hilferding, la formación del «capital financiero» —la fusión de la banca con la gran industria— había avanzado con pasos más cansinos en Gran Bretaña que en otras partes. Pero al fin se produciría allí el mismo proceso que había ocurrido en otras sociedades. La supremacía industrial de Gran Bretaña en el siglo XIX permitió que el país se retrasara temporariamente; no obstante, la competencia internacional garantizaba que en definitiva emergiera el mismo modelo.<sup>34</sup>

Pero ese modelo no vio la luz. ¿Por qué no? La tesis de Ingham es que la sociedad británica moderna se singularizó por el hecho de ser

no sólo la primera economía industrial sino también un centro de transacciones comerciales mundiales. Los rasgos más importantes de la City —sostiene Ingham— se deben entender en relación con la naturaleza de los Estados nacionales. Los Estados tienen su propia circulación fiduciaria pero no pueden controlar cómodamente el flujo monetario fuera de su propio territorio; además, los valores y la estabilidad de las diferentes divisas sufren grandes variaciones. La City desde temprano —en parte, aunque de ningún modo enteramente, a causa del poderío industrial de Gran Bretaña en el siglo XIX— se convirtió en un centro para una forma aceptada de «dinero mundial» y en un lugar de *clearing* internacional para la conclusión de transacciones. El virtual monopolio que la City fue capaz de conseguir sobre ciertos tipos de transacción comercial, más la introducción del patrón oro-libra esterlina, brotaron de un espectro de condiciones políticas. Es preciso distinguir estas de las fuentes de la supremacía industrial británica. La importancia de la City, y de la libra esterlina, persistió mucho más allá del punto en que Gran Bretaña fue la primera potencia industrial del mundo. Para el término de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos pasaron a ser la economía más fuerte del mundo, pero, contra las expectativas de muchos en las décadas de 1920 y 1930, Nueva York no suplantó a Londres como primera *clearing house* mundial.

Según el relato de Ingham, estos fenómenos se deben entender en los siguientes términos. A comienzos del siglo XIX, se introdujo en Gran Bretaña una serie de reformas fiscales. La intención de los reformadores era sobre todo atender a las antiguas deudas que el Estado había acumulado, exacerbadas por las guerras napoleónicas. Pero el resultado fue propiciar una concentración de intereses financieros, separados de los empresarios industriales, en las instituciones de la City. La riqueza boyante de la City hizo posible la supervivencia de ciertos sectores de la aristocracia en momentos en que esta enfrentaba la decadencia de la economía agraria que era su base de poder. Como parte de un «intercambio de blasones», mercaderes y banqueros de la City a su vez adquirieron los oropeles de la aristocracia. No fue sólo un tipo definido de poder de clase el que se vio realizado por los especiales procesos que influyeron sobre el desarrollo de la City en el siglo XIX; esos mismos procesos condujeron a perpetuar, e incluso a fortalecer, un capitalismo comercial «pre-industrial». La City estaba físicamente separada del Norte industrial —un vivo ejemplo de regionalización!— y se mantuvo separada en lo económico y lo político de los centros del capitalismo industrial. Quedó fuertemente centralizada bajo el control del Banco de Inglaterra, y el sistema bancario se orientó de manera prioritaria a mantener la estabilidad de la libra esterlina como forma «confiable» de dinero mundial.<sup>35</sup> Otro aspecto impor-

tante de este proceso fue la política fiscal del Estado, destinada a garantizar la validez formal de la libra esterlina, que la actividad limitadamente económica de la City no podía garantizar.

Lo importante con respecto a la apreciación de Ingham sobre el desarrollo económico y político de Gran Bretaña, al menos en este contexto, no es tanto determinar si es o no es válida cuanto el punto de vista teórico general que expresa. Por su crítica de los modelos endógenos, el análisis de Ingham evita lo que se podría mirar como el determinismo evolutivo inherente a tantas teorías sobre las sociedades modernas. Me refiero con esto a una manera de pensar el cambio social que cree que para un determinado tipo de sociedad existe sólo «un avance posible» que toda sociedad particular deberá seguir en algún momento si en efecto pertenece a ese tipo. Así, se esperaría que el «capitalismo industrial» presentara ciertos modelos genéricos de desarrollo que se repitieran en todas las sociedades que admitan esa caracterización. Si algunas sociedades no responden a esos modelos, debe de ser porque van con rezago; por alguna razón su desarrollo se retrasó. Es frecuente que esta manera de pensar contenga una particular versión del funcionalismo. Si ciertos procesos de desarrollo son «necesarios» para una sociedad o tipo de sociedad, es porque el orden institucional de esa sociedad los requiere funcionalmente. Las necesidades funcionales implícitas «explican» el «tener que» seguir determinada senda de desarrollo. Conviene insistir otra vez en que el «tener que» se justifica aquí sólo si se lo entiende en un contexto contrafáctico. Cabría sostener entonces que, al despuntar el siglo XX, en Gran Bretaña «tiene o tuvo que» suceder una actualización del desempeño comercial «anticuado» de la City en vista de las «necesidades» del capital industrial. Tal argumento es al menos potencialmente esclarecedor si se lo entiende de manera contrafáctica. En otras palabras, podemos formular esta pregunta: ¿qué consecuencias tuvo para el capital industrial el hecho de que se mantuviera la posición de poder de la City? Pero si se atribuye al «tener que» una fuerza explicativa, el resultado es una efectiva barrera para comprender el curso de las cosas, como lo demuestra con transparencia la obra de Ingham.

La investigación consigue sortear otra tendencia que se asocia con los modelos endógenos. Es el presupuesto de que la sociedad más avanzada con respecto a aquellos rasgos sociales que están bajo estudio se pueda considerar como un modelo con propósitos de investigación.<sup>36</sup> Así, la Gran Bretaña del siglo XIX era vista por Marx, entre muchos otros, como si mostrara a otras sociedades una imagen de su propio futuro; por ser el país industrialmente más adelantado, Gran Bretaña presagiaba desarrollos que otros estaban destinados a seguir. Es harto comprensible que pocos quieran mirar a Gran Bretaña bajo

esa luz en las décadas finales del siglo XX. . . ¿Pero el estilo de pensamiento que esta concepción representa ha desaparecido al tiempo que Gran Bretaña se retiraba a una oscuridad económica? En modo alguno. En nuestros días, son los Estados Unidos, como la sociedad más «adelantada económicamente», los que desempeñan un papel comparable en la teoría social y en la investigación, aunque rara vez de manera tan inequívoca como en la versión del evolucionismo de Parsons. Ahora, no niego que pueda ser fecundo, para ciertos fines, clasificar sociedades según su nivel de desarrollo con arreglo a determinados criterios. También es legítimo y necesario el intento de especificar lo genérico en el orden institucional de diferentes sociedades. Pero una «investigación comparativa» debe ser lo que la expresión dice. O sea, es preciso admitir que procesos «típicos» de desarrollo sólo se pueden evaluar por una comparación directa entre sociedades diferentes, no con arreglo al supuesto de que determinada sociedad se puede considerar como un modelo de un proceso de desarrollo endógeno.

El ascenso original de la City a una posición conspicua —explica Ingham— fue en buena parte una consecuencia no buscada de medidas fiscales impuestas por otras razones. En consecuencia, lo que para Marx, y para la mayoría de los marxistas posteriores, sólo correspondía a las fases tempranas del desarrollo capitalista, la intermediación comercial y la usura, pasó a ser un rasgo duradero del capitalismo británico. Precisamente porque la posición dominante de la City se enlazó poco a poco con su papel de intermediaria de transacciones internacionales, el mismo fenómeno difícilmente se repetiría en otra parte. Pero si la posición dominante que la City alcanzó a comienzos del siglo XIX no fue en lo sustancial buscada, muy distinto fue lo que ocurrió después con medidas destinadas a defender y expandir su poder. Desde comienzos del siglo XX, la economía británica enfrentó una competencia mayor de otros países industrializados y en proceso de industrialización. Bajo esas circunstancias, la hegemonía económica de la City se vio seriamente amenazada, en lo interno y en lo externo. En buena parte, como lo revela el análisis de Ingham, las medidas promovidas por grupos de la banca o del Tesoro, o de una y otro, se orientaron de una manera activa y lograda a defender el papel privilegiado de las organizaciones de la City.

La investigación de Ingham muestra una notable y convincente sensibilidad para los problemas de «tiempo mundial». La City alcanzó su forma moderna en relación con una precisa coyuntura de sucesos en la primera parte del siglo XIX. Su persistencia como centro de actividades comerciales se originó en la posición de Gran Bretaña como principal potencia industrial y en la participación del país en una expansión mundial de las relaciones capitalistas. Los que impusieron las

reformas fiscales de comienzos del siglo XIX creían que los comerciantes, que habían conseguido apoderarse de una buena parte del comercio antes holandés y francés, serían capaces de consolidar la fortaleza económica de Gran Bretaña dada una base que combinara la política de libre comercio con una adhesión al patrón oro. El presidente del Consejo de Comercio, Huskisson, por ejemplo, citó comparaciones con la Venecia de siglos anteriores. Pero esas influencias fueron efectivas sólo en virtud de la particular alianza de clases que Ingham expone. Además, las condiciones de la consolidación inicial del poder de la City —explica— fueron sustancialmente diferentes de las que promovieron el sostenimiento de ese poder en períodos posteriores. En el curso del siglo XIX, el papel de la City en la economía mundial tuvo una base económica directa en el éxito de Gran Bretaña como productor industrial. En el siglo XX, esto dejó de ser cierto; los sectores «industrial» y «comercial» de la economía británica se orientaron hacia diferentes conjuntos de emprendimientos. Fue la posición de la City como intermediaria financiera mundial, para entonces afianzada internacionalmente, la que le permitió mantener su poder. Pero hacia esta época, a causa del cambiante plexo de circunstancias en los planos nacional e internacional, la prosperidad de la City probablemente presupusiera de hecho la declinación relativa de la industria británica.

La obra de Ingham demuestra que las condiciones que influyeron en el ascenso de la City, y que después mantuvieron sus privilegios, fueron, en medida sustancial, políticas. No parece bueno considerar a la City como una «parte» del Estado, pero tanto en lo interno como en lo externo su poder económico nació, en un sentido profundo, de factores políticos. La hegemonía de la City en la economía británica se vio alentada por los estrechos lazos que existieron entre la «bancocracia» y los altos niveles del gobierno. Pero el papel de la City también recibió fuerza vital de su posición focal en actividades de intermediación en una escala internacional. Es evidente que ninguna concepción que viera en el Estado un fenómeno unitario o una especie de actor colectivo sería capaz de atender a los materiales analizados por Ingham. Ciertas dimensiones clave de la política estatal —por ejemplo, las concernientes al patrón oro en la década de 1930— tuvieron fuerte influjo sobre el destino de la City. Y una correcta comprensión de ellas sólo se consigue por referencia a alianzas y coaliciones cambiantes entre grupos de individuos estratégicamente ubicados, que a veces arrojaron resultados no buscados por ninguno de ellos.

En un plano más general, del análisis del Estado moderno se pueden extraer lecciones similares a las que se siguen —según antes indiqué— del estudio de los Estados tradicionales. El estudio de la «formación del Estado» —según intenté demostrar— parece correr un

serio riesgo de extravío si se lo entiende bajo una luz cuasi evolucionista o con arreglo a nociones endógenas. Una «teoría» correcta del Estado tradicional o del Estado moderno llanamente no puede presentar el aspecto que hoy tienen la mayoría de las teorías que predominan en la bibliografía. Por una parte, el nivel de generalidad que es lícito atribuir a esas teorías parece mucho menor que el imaginado por sus sostenedores. Desde luego, para que en efecto exista una categoría general como «Estado agrario» o «Estado capitalista», hacen falta ciertos caracteres institucionales comunes que aquellos compartan, de lo que cabe inferir que compartirán también ciertas tendencias dinámicas comunes. Pero mostrar la índole de estas en modo alguno equivale a explicar secuencias de desarrollo o de cambio sobrevenidas. Puede ocurrir que los tipos de saber que sobre esas tendencias dinámicas posean ciertos individuos o grupos, en particular los más poderosos, pasen a formar parte de aquellas mismas tendencias y puedan actuar para plasmarlas bajo determinados aspectos. Factores que posean una decidida importancia en un tiempo y un lugar, o en una particular coyuntura, acaso se vuelvan relativamente insignificantes en otra parte a causa de esa misma influencia que al comienzo tuvieron. Las condiciones que originalmente dieron nacimiento al dominio de la City sobre la industria no fueron las mismas que alentaron después el mantenimiento de esa posición.

Algunos de los problemas que suscita la naturaleza de las teorías y las generalizaciones serán retomados en las secciones que siguen. Pero, para concluir esta parte de la discusión, acaso convenga hacer una pregunta que quizás han planteado en la mente del lector los estudios empíricos que utilicé para ilustrar algunas de las tesis de la teoría de la estructuración. Si la obra de Ingham pudo verse influida en parte por esas tesis, los otros estudios analizados se escribieron con total independencia. ¿Por qué molestarse con nociones farragosas como «estructuración» y el resto si es posible sin ellas conseguir una investigación social excelente? Caben varios comentarios para responder a esto. Las ideas construidas para formar la teoría de la estructuración dan lugar, bajo los aspectos que he intentado mostrar, a diversas críticas y enmiendas básicas que es preciso hacer al trabajo de investigación analizado. Si esto es cierto para lo que considero piezas excelentes de investigación, tales críticas habrían debido ser más enérgicas para investigaciones de calidad inferior. Además, todas las investigaciones analizadas estuvieron animadas por una seria y prolongada reflexión teórica sobre las materias investigadas. Quizá sea particularmente importante destacarlo con respecto a la obra de Willis. Sería cómodo presentarla como nada menos, pero nada más, que una sobresaliente y sensible pieza etnográfica. En realidad, el libro de Willis contiene un

análisis teórico sustancial sobre problemas de reproducción social, y no se puede dudar de que esta fue una inspiración importante para la conducción del estudio así como para su modalidad de interpretación. Como la discusión teórica de Willis sigue líneas semejantes, al menos bajo ciertos aspectos, a los puntos de vista que he elaborado, no sorprende que su trabajo de investigación proporcione una fuente especialmente esclarecedora para el examen de las consecuencias de esos puntos de vista.

Pero hay un punto por destacar más importante que cualquiera de los anteriores. Para quien haga investigación empírica de detalle en cierto escenario localizado no hay, desde luego, obligación de cargar a bordo un conjunto de nociones abstractas que simplemente volverían confuso lo que cabría exponer con economía y en lenguaje llano. Los conceptos de la teoría de la estructuración, como los de cualquier otra perspectiva teórica rival, se deberían considerar artificios sensibilizadores para diversos fines de investigación, y nada más. Es decir, pueden ser fecundos para pensar problemas de investigación y para interpretar sus resultados. Pero suponer que estar teóricamente informado —hasta cierto punto una obligación de quienquiera que trabaje en las ciencias sociales— signifique siempre operar con un revuelto de conceptos abstractos es una doctrina tan extraviada como la que pretendiera que podemos hacerlo todo muy bien sin recurrir nunca a esos conceptos.

### B. Se reúnen los hilos: teoría de la estructuración y formas de investigación

En las secciones precedentes examiné una diversidad de formas de investigación social que no es posible reunir bajo un título único. Esto significa que la labor de investigación se emprende en un intento de aclarar cuestiones muy diferentes, en armonía con la naturaleza de los problemas que el investigador se propone esclarecer. Cuando paso a indicar algunas de las consecuencias de la teoría de la estructuración para la investigación empírica, no quiero dar a entender que exista un único formato de investigación cuya adopción fuera obligatoria en lo sucesivo para todos. En parte por eso mismo me centré en estudios que se emprendieron en su mayoría fuera de cualquier influjo inmediato de los conceptos por mí elaborados. Antes declaré que no me proponía analizar el peso de la teoría de la estructuración con referencia a la evaluación de tipos específicos de métodos de investigación: observación participante, encuestas, etc. Sin embargo, es posible y valioso examinar con vuelo más genérico las tareas de una investigación

social informada por la teoría de la estructuración así como las consecuencias que la discusión precedente sobre el trabajo de investigación trae para el debate tradicional entre métodos «cualitativos» y «cuantitativos» en investigación social.

- |   |  |     |
|---|--|-----|
| ▲ | Elucidación hermenéutica de marcos de sentido                    | (1) |
| ┆ | Investigación del contexto y la forma de una conciencia práctica | (2) |
|   | (lo inconsciente)  |     |
| ┆ | Identificación de los límites de un entendimiento                | (3) |
| ▼ | Especificación de regímenes institucionales                      | (4) |

La «inserción» metodológica del investigador en algún material que constituya el objeto de estudio se puede producir en cualquiera de los cuatro niveles arriba indicados. Toda investigación social presupone un momento hermenéutico, pero ese presupuesto puede permanecer latente si el estudio versa sobre un saber compartido que no se declara porque investigador e investigación habitan un *medio* cultural común. Los más clamorosos abogados de la investigación cuantitativa desdeñan la esencial de importancia de (1) bajo dos aspectos. O consideran que (1) es más puramente descriptivo que explicativo, o pasan enteramente por alto que (1) entra en la formulación de su propio trabajo de investigación. Pero una investigación interesada en (1) puede ser tanto explicativa como generalizadora. Ella atenderá a responder porqués que nacen de la ininteligibilidad mutua de marcos de sentido divergentes. Desde luego, esos porqués brotan entre los contextos diversos de una sola sociedad y también entre sociedades. Una investigación que gire ante todo sobre problemas hermenéuticos puede alcanzar una importancia generalizada con tal que sirva para dilucidar la naturaleza del entendimiento de los agentes y, por lo tanto, las razones que los mueven a actuar, por un vasto espectro de contextos de acción. Piezas de investigación etnográfica como la de Willis —o, para el caso, el tradicional trabajo de campo de la antropología para comunidades pequeñas— no son en sí mismas estudios generalizados. Pero cómodamente llegan a ser tales si se las cultiva en cierta cantidad, de modo que resulten justificables juicios acerca de su carácter típico.

Aspectos hermenéuticos de una investigación social no necesariamente serán esclarecedores para quienes son los sujetos de esa investigación, puesto que su principal resultado es elucidar escenarios de acción considerados como «medios extraños». No es el caso de la investigación de una conciencia práctica. El estudio de una conciencia práctica lleva a investigar lo que los agentes ya saben, pero por definición en

general les resulta esclarecedor si se lo expresa discursivamente en el metalenguaje de la ciencia social. Sólo para la etnometodología es el análisis de una conciencia práctica un «campo» circunscrito de estudio. Para todos los demás tipos de investigación, la interpretación de una conciencia práctica es un elemento necesario, entendido de una manera implícita o declarado explícitamente, de caracteres más generales de una conducta social.

Como lo he destacado consistentemente, es esencial para una ciencia social determinar los límites del entendimiento de los agentes en los contextos variables de un tiempo y un espacio. Pero la investigación de (3) presupone un conocimiento considerable de los niveles (1), (2) y (4). Sin ese conocimiento nos retrotraemos a una forma silvestre de sociología estructural. El estudio de las consecuencias no buscadas y de las condiciones inadvertidas de la acción, tal como lo señalé en mi examen de la investigación de Willis, se puede y se debe llevar a cabo sin empleo de una terminología funcionalista. En modo alguno suele ser una cuestión simple descubrir lo «no buscado» y lo «inadvertido», en cualquier contexto o espectro de contextos de acción. Ningún estudio de las propiedades estructurales de sistemas sociales se puede realizar logradamente, ni sus resultados se pueden interpretar, sin referencia al entendimiento de los agentes que participan, aunque muchos sostenedores de una sociología estructural imaginen que justamente esto define la provincia del «método sociológico».

El nivel (4), la especificación de regímenes institucionales, exige analizar las condiciones de una integración social y sistémica por el camino de averiguar los principales componentes institucionales de sistemas sociales. Tienen la mayor importancia las formas institucionales que, en los términos de unos principios estructurales definidos, se puedan especificar como «sociedades» globales. No obstante, una vez más, debí tomarme algún trabajo para aclarar que sólo con muchas reservas se puede decir que una «sociedad» es la unidad principal de análisis en ciencia social. Es frecuente que regímenes institucionales atraviesen divisiones cualesquiera discernibles entre sociedades globales.

Es en la relación entre (1) y (2), por un lado, y entre (3) y (4), por el otro, donde a menudo se localiza una división entre métodos «cualitativos» y «cuantitativos». Una predilección por los métodos cuantitativos ha sido ciertamente desde antiguo un rasgo de quienes se inclinaban por el objetivismo y la sociología estructural. Según este tipo de punto de vista, analizar condiciones de vida social que se estiren mucho más allá de contextos inmediatos de interacción cualesquiera es el objetivo primero de una ciencia social, y lo mejor para aprehender la naturaleza «cristalizada» de los componentes institucionales de una

vida social es emplear clasificación, medición y métodos estadísticos. Es claro que la idea de que la tarea prevalente de las ciencias sociales es descubrir generalizaciones semejantes a leyes sobre una conducta social se relaciona de manera estrecha con esta proclividad. Hay aquí una fuerte resonancia, deliberada en muchos casos, de la división «macro»/«micro». Los que prefieren métodos cuantitativos para formar la base sólida de lo que hace de la ciencia social una «ciencia» se inclinan a destacar el primado del análisis denominado macrosociológico. Los que abogan por métodos cualitativos para fundar la investigación empírica en las ciencias sociales, por su parte, ponen el acento en (1) y en (2) para dar relieve al carácter necesariamente situado y significativo de una interacción social. Suelen ser directamente hostiles al empleo de métodos cuantitativos en ciencia social, con el argumento de que una cuantificación y el uso de un método estadístico imponen a la vida social una fijeza que ella de hecho no tiene. No es difícil ver en el conflicto entre estas posiciones un residuo metodológico del dualismo de estructura y acción, y mostrar el carácter espurio de ese dualismo nos permitirá desgajar ulteriores consecuencias empíricas de la dualidad de estructura.

Para ver cómo es esto, volvamos otra vez a aquel concepto en un escenario empírico diferente del examinado hasta aquí. La que sigue es una transcripción de un segmento de interacción en un tribunal. Participan un juez, un defensor público (DP) y un fiscal de distrito (FD), y su interacción se refiere a un preso que se ha declarado culpable en una acusación por latrocinio con reincidencia. Lo que se discute es la sentencia que se debe dar al imputado.

*DP:* Su Señoría, solicitamos una sentencia inmediata y esperamos el informe de libertad bajo palabra.

*Juez:* ¿Qué antecedentes tiene?

*DP:* Una entrada anterior por ebriedad y un HGA [hurto grande, automóvil]. Nada grave. Ha sido un caso de llevarse mercadería sin pagar. Entró en K-Mart con intenciones de robar. Pero todo lo que tenemos es un hurto menor.

*Juez:* ¿Qué perjuicios sufrió la gente?

*FD:* Ninguno.

*Juez:* ¿Hay objeciones a una sentencia inmediata?

*FD:* No.

*Juez:* ¿Cuánto tiempo estuvo arrestado?

*DP:* Ochenta y tres días.

*Juez:* Lo declaro una infracción al artículo 17 del CP y lo sentencio a noventa días en la Prisión del Condado con crédito por los días que ya estuvo en la cárcel.<sup>37</sup>

Este segmento de interacción situada, como cualquier otro, puede ser prestamente desmenuzado para mostrar que esto que parece un



intercambio trivial está profundamente envuelto en la reproducción de instituciones sociales. Cada turno en la conversación que mantienen los participantes adquiere sentido para ellos (y para el lector) sólo por la invocación tácita de características institucionales del sistema de la justicia penal. Las invocan todos los hablantes, que (correctamente) presuponen que son un saber compartido también por los demás. Nótese que el contenido de ese saber compartido presupone mucho más que una mera noticia de la táctica del «procedimiento correcto» en tales casos, aunque esto se incluye también. Cada participante sabe mucho acerca de la naturaleza de un «sistema legal», acerca de procedimientos jurídicos normativos, acerca de lo que toca hacer a presos, abogados, jueces, etc. A fin de «conducir» la interacción, los participantes recurren a su saber sobre el régimen institucional en el que están incluidos a fin de que su intercambio se vuelva «significativo». Ahora bien, en el acto de invocar el régimen institucional de este modo —y *no existe otro modo* que permita a los participantes en una interacción volver inteligible y coherente lo que hacen, los unos para los otros—, contribuyen a reproducirlo. Además, es esencial ver que, en el acto de reproducirlo, también reproducen su «facticidad» como una fuente de constreñimiento estructural (sobre ellos mismos y sobre otros). Consideran el sistema judicial como un régimen «real» de relaciones en cuyo interior se sitúa su propia interacción, al mismo tiempo que lo expresa. Y es un régimen «real» (es decir, estructuralmente estable) de relaciones justamente porque ellos, y otros como ellos, en contextos conexos y similares, lo aceptan como tal, no necesariamente en su conciencia discursiva, pero en la conciencia práctica consustancial a lo que hacen.

Es importante no confundir esta observación con la famosa máxima de W. I. Thomas según la cual si unos actores «definen situaciones como reales, entonces ellas son reales por sus consecuencias». La proposición de Thomas sugiere que existen circunstancias que no son de hecho «reales» (es decir, son ficticias o imaginarias) pero que de todos modos son de hecho reales porque la gente cree en ellas. Merton tomó esto como un punto de partida para su formulación de la profecía que se cumple por su sola enunciación, donde un estado de cosas llega a existir en virtud de su solo anuncio. Ahora bien, yo no dudo en absoluto sobre la importancia tanto de la profecía que se cumple por su sola enunciación cuanto de un espectro de fenómenos que con ella se enlazan. Pero no constituye el prototipo de la «facticidad» de propiedades estructurales que la dualidad de estructura contiene. La cuestión es más sutil y más profunda, y enlaza la posibilidad misma de la inteligibilidad mutua y la coherencia de una interacción situada, con una «facticidad» en un nivel institucional de amplias bases.

Nótese también el íntimo y fundamental lazo entre la «facticidad» del régimen institucional y el poder, al cual tanto expresa como abre paso en los detalles de la interacción. En efecto, el «creer-que-es-real» intrínseco a la continuidad mutuamente inteligible de la interacción es el fundamento mismo del sistema jurídico como expresión de modalidades de dominación. A todas luces, un «creer-que-es-real» incorporado en modalidades concretas de procedimiento no significa la misma cosa que un otorgar legitimación discursiva al sistema, aunque desde luego tampoco impide esto último. Como sistema de relaciones de poder, un «creer-que-es-real» tiene consecuencias mucho más extendidas que el poder diferencial efectivo que los agentes participantes consigan introducir en la interacción para hacer valer sus puntos de vista particulares. No obstante, es perceptible que la secuencia de habla no responde a las reglas más «democráticas» que de ordinario dejan traslucir las conversaciones entre pares, y que es reflejo directo de un poder diferencial. En efecto, el juez tiene el derecho de interrumpir lo que dicen los otros, de hacer determinadas preguntas y de controlar la secuencia de habla, derecho que los otros no tienen, al menos en el mismo grado. El hecho de que la conversación no adopte la forma de la observancia acostumbrada de turnos se vuelve inteligible por el reconocimiento mutuo de que el juez posee cierta identidad social institucionalizada que le asigna precisas prerrogativas y sanciones.

Quiero formular esto en un nivel más general para aclarar sus connotaciones. Toda interacción social se sitúa en el interior de un contorno espacio-temporal de copresencia (se amplíe o no este a través de medios como cartas, llamadas telefónicas, etc.). Su carácter situado, según lo expuse con detalle en los capítulos 1 y 2, concierne de manera directa a la naturaleza deíctica de la «conducción» de una comunicación mutuamente inteligible. Pero el carácter situado de una interacción no es una barrera para aquella «fijeza» institucional que unos regímenes institucionales presentan por un tiempo y un espacio. Es su condición misma, tal como la existencia de aquellos regímenes institucionales es la condición aun de las formas más efímeras de encuentro social o conversación. El registro reflexivo de una conducta social es intrínseco a la «facticidad» que revelan las propiedades estructurales de sistemas sociales, no algo marginal respecto de estas o que viniera a sumárseles. Wilson lo ha expresado del siguiente modo. Yo no podría ofrecer un mejor relato sobre el valor del concepto de la dualidad de estructura:

«el mundo social está constituido por acciones situadas producidas en situaciones concretas particulares, que se encuentran a disposición de los participantes para que hagan reconocimiento, descripción y uso de

ellas como unos garantizados fundamentos que les permitirán generar más deducción y acción en esas mismas ocasiones así como en las que sigan. Unas acciones situadas se producen a través de unos mecanismos de interacción social desprendidos del contexto y sensibles a este, y una estructura social es usada por los miembros de una sociedad para volver inteligibles y coherentes sus acciones en situaciones particulares. En este proceso, una estructura social es un recurso esencial para una acción situada y es un producto de esta, y una estructura social es reproducida como una realidad objetiva que parcialmente construye la acción. Es a través de esta relación reflexiva entre estructura social y acción situada como la transparencia de mostraciones [la inteligibilidad mutua de una conducta] se consume por explotación de la dependencia contextual de un sentido». <sup>38</sup>

Una vez entendido cabalmente este punto, se disipa la idea de que exista una división neta o una oposición necesaria entre métodos cualitativos y cuantitativos. Las técnicas cuantitativas serán de uso más común cuando se deba investigar un número grande de «casos» de un fenómeno con respecto a una variedad restringida de características definidas. Pero tanto la recopilación como la interpretación de un material cuantitativo sigue procedimientos que son metodológicamente idénticos a la reunión de datos de índole más intensiva, «cualitativa». Por eso los datos de Gambetta se pueden usar para iluminar algunos de los mismos problemas que son investigados por Willis. Los datos de Gambetta se refieren a un gran número de individuos, el material de Willis, sólo a unos pocos. El trabajo de Gambetta reclama el empleo de una batería de métodos de investigación refinados, mientras que el estudio de Willis consiste por entero en informes etnográficos. Pero la investigación de Gambetta, no menos que la de Willis, presupone aprehender una acción situada y unos significados sin los cuales las categorías formales del metalenguaje teórico empleado por el investigador no tendrían ni sentido ni aplicación. Todos los datos llamados «cuantitativos», si se los inspecciona, revelan estar compuestos de interpretaciones «cualitativas» —o sea, contextualmente situadas y décticas— tales que han sido producidas por también situados investigadores, codificadores, funcionarios de gobierno, y otros. Los problemas hermenéuticos que surgen de una investigación etnográfica existen de igual modo en el caso de estudios cuantitativos, aunque estos puedan haberlos «sepultado» por la considerable «elaboración» a la que quizá fueron sometidos los datos. Intentos de producir mediciones sobre una escala, de eliminar errores de selección, de presentar consistentes técnicas de muestreo, etc., operan dentro de esas limitaciones. Estas de ningún modo hacen lógicamente sospechoso el em-

pleo de métodos cuantitativos, aunque sin duda nos conducen a dar sobre la índole de los datos cuantitativos una apreciación muy diferente de la que proponen algunos sostenedores de una sociología estructural.

Entonces, (1) y (2) son tan esenciales para comprender a (3) y (4) como estos lo son para comprender a aquellos, y los métodos cualitativos y cuantitativos se deben mirar como aspectos más complementarios que antagónicos de una investigación social. Los unos son indispensables para los otros si es que la naturaleza sustantiva de la dualidad de estructura se ha de representar en un «mapa» que siga las formas de articulación institucional gracias a las cuales se coordinan contextos de interacción en el interior de sistemas sociales más amplios. Pero si existe un punto para destacar con energía, es que los investigadores deben mantenerse en guardia ante los métodos con los que se producen datos cuantitativos. En efecto, a diferencia del movimiento del mercurio dentro de un termómetro, los datos sociales nunca son un mero «indicador» de un fenómeno que se diera independientemente, sino que siempre, al mismo tiempo, son testimonio de aquello «a lo cual» se refieren, a saber: procesos de vida social.

### *Saber mutuo versus sentido común*

Es por sí evidente que una investigación empírica no tiene justificación si no produce en algún sentido un saber nuevo que antes no se tenía. Como todos los actores sociales existen en contextos situados en el interior de grandes segmentos de espacio-tiempo, lo novedoso para algunos de esos actores no lo será para otros, incluidos entre estos otros a los científicos sociales. Desde luego que es en estos «hiatos de información» donde la investigación etnográfica alcanza su importancia específica. Este tipo de investigación es explicativo en un sentido amplio del término, porque sirve para esclarecer enigmas que se presentan cuando los individuos de cierto escenario cultural se encuentran con los que pertenecen a otro escenario que es muy diferente en ciertos aspectos. La pregunta «¿Por qué ellos actúan (piensan) así?» es una invitación a entrar en el *medio* culturalmente extraño y a comprenderlo. Para los que ya se encuentran en ese *medio*, según lo han destacado Winch y muchos otros, puede ocurrir que esa empresa sea no esclarecedora como tal. Sin embargo, muchas investigaciones sociales, por referencia tanto al material empírico que producen como a las interpretaciones teóricas que invocan, tienen connotaciones críticas para creencias sustentadas por los agentes. Si queremos investigar la naturaleza de esas connotaciones debemos averiguar el sentido exacto

en que las ciencias sociales demuestran un saber nuevo y el modo en que este saber se pueda enlazar con la crítica de una creencia falsa. Se trata de cuestiones complejas, y no intentaré atender aquí más que a determinados aspectos de ellas.

Los afanes críticos de las ciencias sociales, como los de la ciencia natural, se dirigen a la adecuación lógica y empírica de observaciones narradas y de teorías que a estas se asocian. Como lo han destacado con toda justicia Schutz y muchos otros, el carácter crítico de una ciencia social suele en este aspecto apartarla muy tajantemente de las creencias y teorías en uso que se entretajan en la conducta de una vida social cotidiana. Todos los actores sociales —se puede afirmar con propiedad— son teóricos sociales que modifican sus teorías a la luz de sus experiencias y son receptivos para una información nueva que acaso adquieran en tanto así obran. Una teoría social en modo alguno es la provincia especial y solitaria de pensadores académicos. Sin embargo, los actores legos se interesan en general sobre todo por la utilidad práctica del «saber» que aplican en sus actividades diarias, y pueden existir caracteres básicos de la organización institucional de la sociedad (la ideología entre ellos, aunque no exclusivamente) que reduzcan o distorsionen lo que ellos consideran un saber.

Es de toda evidencia que el «modelo demostrativo» de la ciencia natural no se puede transferir como tal a las ciencias sociales. Creencias de sentido común acerca del mundo natural son corregibles a la luz de los descubrimientos de las ciencias naturales. No existen dificultades lógicas especiales para comprender lo que ocurre en esas circunstancias, aunque puedan existir barreras sociales para la recepción de ideas científicas.<sup>39</sup> Es decir, unas creencias legas están sujetas a corrección en la medida de lo que haga falta por el aporte de teorías y observaciones científicas novedosas. Las ciencias naturales pueden en principio demostrar que algunas de las cosas que el miembro lego de la sociedad cree acerca del mundo objetivo son falsas mientras que otras son válidas. Pero esto es más complicado en las ciencias sociales, para mejor o para peor. Los «descubrimientos» de las ciencias sociales, como lo he apuntado, no necesariamente son novedades para aquellos a quienes esos descubrimientos se refieren.

Hay que decir que las cuestiones implícitas en esto se han oscurecido mucho a consecuencia del tironeo entre formulaciones objetivistas y comprensivas de ciencia social. Las primeras propendieron a aplicar sin restricciones a las ciencias sociales el modelo demostrativo. Es decir, juzgaron que las creencias de sentido común enlazadas en una vida social eran corregibles no problemáticamente sobre la base del esclarecimiento que las ciencias sociales pudieran producir. En cambio, los influidos por la hermenéutica y la filosofía del lenguaje

usual plantaron enérgicas objeciones a ese punto de vista ingenuo. Las creencias de sentido común, en tanto forman parte de un uso lingüístico y de una acción en la vida cotidiana, no se pueden considerar meros impedimentos para una caracterización válida o verídica de la vida social. Es que nos resulta del todo imposible definir una actividad social si no sabemos lo que sus actores constitutivos saben, así tácita como discursivamente. Empirismo y objetivismo no hacen sino eliminar todo el problema de la generación de definiciones sociales gracias al saber mutuo que observadores sociológicos y miembros legos de una sociedad tienen en común.<sup>40</sup> Lo desdichado es que, tras alcanzar esta conclusión, los que abogan por formas comprensivas de ciencia social encuentran difícil o imposible mantener la postura crítica en que la tradición del signo opuesto insistía con justicia respecto de la yuxtaposición de ciencia social y sentido común. Las tareas de la ciencia social parecen entonces puntualmente limitadas a la etnografía: a la empresa hermenéutica de la «fusión de horizontes».<sup>41</sup> Semejante parálisis de la voluntad crítica resulta tan insatisfactoria en el plano lógico como lo es el empleo irrestricto del modelo demostrativo.

Una salida de este atolladero se puede hallar si se distingue saber mutuo de «sentido común».<sup>42</sup> El primero denota el necesario respeto que el analista social debe tener por la autenticidad de la creencia o por la *apertura* hermenéutica en la definición de una vida social. «Necesario» posee, en esta frase, un valor lógico. La razón por la cual en general tiene más sentido hablar de «saber» que de «creencia» para referirse al modo en que los actores se abren paso entre los contextos de una vida social es que la generación de definiciones pide poner entre paréntesis el escepticismo.<sup>43</sup> Las creencias, tácitas y discursivas, se tienen que considerar un «saber» cada vez que el observador opere en el plano metodológico de caracterizar una acción. Un saber mutuo, concebido como el modo necesario de obtener acceso al «asunto» de la ciencia social, no es corregible a la luz de sus descubrimientos; por el contrario, es la condición de ser capaz de obtener en principio «descubrimientos».

Porque un saber mutuo es en buena parte tácito —se lo alcanza en el nivel de una conciencia práctica—, no resulta evidente que un respeto por la autenticidad de la creencia sea una parte necesaria de cualquier trabajo etnográfico en las ciencias sociales. Es indudable que para esclarecer la naturaleza de un saber mutuo alcanzaron importancia decisiva los ataques que llevaron los influidos por la fenomenología y la etnometodología contra las concepciones más ortodoxas de ciencia social. Pero cuando hablan de manera difusa de «sentido común», o de términos equivalentes, no distinguen analíticamente la cuestión metodológica de la cuestión crítica. Con mi propuesta de dis-

tinguir saber mutuo de sentido común quiero reservar la segunda expresión para denotar las creencias proposicionales implícitas en la conducción de actividades cotidianas. Este distingo es en buena parte analítico; o sea: un sentido común es un saber mutuo que no es considerado un saber sino una creencia falible. Ahora bien, no todo saber mutuo se puede expresar bajo la forma de creencias proposicionales, o sea, creencias en que se dan unos u otros estados de cosas. Además, no todas esas creencias son susceptibles de formulación discursiva por parte de quienes las sustentan.

Distinguir entre saber mutuo y sentido común no significa que siempre sean fases cómodamente separables de estudio en una investigación social real. Por una parte, el lenguaje de definiciones usado por observadores sociológicos es siempre más o menos diferente del que emplean los actores legos. La introducción de una terminología de ciencia social puede (aunque no necesariamente lo hace) poner en entredicho creencias formuladas discursivamente (o «teorías en uso», si esas creencias aparecen conectadas en un conjunto) que los actores sustenten. Toda vez que los actores estudiados ya empleen definiciones cuestionadas, cualquier definición dada por observadores, aun si recurre a las categorías de los actores, es directamente crítica de otras terminologías disponibles que se podrían haber empleado. Lo que desde una perspectiva es un «movimiento de liberación» puede aparecer, desde otra, como una «organización terrorista». La preferencia por una expresión sobre la otra, desde luego, implica una postura definida por parte del observador. No se advierte tan inmediatamente que lo mismo sucede con la preferencia por una expresión más «neutra»; su uso, sin embargo, indica también una distancia crítica que el observador toma de los conceptos aplicados por los actores que tienen participación directa.

En cualquier situación de investigación pueden existir creencias aceptadas por los participantes tan irritativas para las que sustenta el observador que este exprese una distancia crítica frente a ellas aun en lo que por lo demás constituya un estudio puramente etnográfico. Un antropólogo puede no sentir escrúpulos en afirmar «Los X obtienen sus cosechas sembrando en otoño» porque es de saber mutuo entre él y los miembros de la cultura X que plantar semillas en una época apropiada del año culmina en una determinada cosecha. Pero ese mismo antropólogo acaso diga «Los X creen que su danza ceremonial atrae la lluvia», con lo que indicará una discontinuidad entre lo que él cree y lo que creen los de la cultura X acerca de las condiciones bajo las cuales se produce una lluvia.<sup>44</sup>

Los ejemplos mencionados en el párrafo anterior indican que hasta una investigación social puramente etnográfica —es decir, tal que per-

siga el propósito limitado de una entrevista descriptiva— con frecuencia adquiere una dimensión crítica. Aunque esto no compromete el distingo lógico entre saber mutuo y sentido común, ordena sin embargo especificar de manera más declarada lo implícito en esa dimensión de crítica que en otros tipos de investigación se suele elaborar más francamente.

En este punto tengo que apuntar las dimensiones modestas de la discusión que sigue. Un análisis lógico de lo implícito en la recolección de un saber mutuo así como de lo implícito en la crítica de una creencia de sentido común plantea cuestiones epistemológicas que no cabría examinar exhaustivamente aquí. Las ideas que desarrollo en lo que sigue se proponen apenas ofrecer un esbozo que supone cierta concepción epistemológica sin sustentarla en detalle. Existen dos dimensiones —sostendré— en que una ciencia social importa a la crítica de creencias legas concebidas como sentido común (esto incluye la crítica de la ideología pero sin conferirle una prioridad especial). Las actividades críticas que especialistas en ciencia social toman como núcleo de su quehacer tienen consecuencias directas sobre las creencias que los agentes sustentan con tal que se pueda demostrar que esas creencias sean inválidas o no tengan un fundamento adecuado. Ahora bien, estas consecuencias son especialmente importantes cuando las creencias en cuestión están consustanciadas con las razones que los actores tienen para su obrar. Sólo algunas de las creencias que los actores sustentan o profesan forman parte de las razones que ellos tienen para su conducta. Cuando estas se ven sometidas a crítica a la luz de tesis o descubrimientos de ciencia social, el observador social procura demostrar que aquellas razones no son buenas razones.

La determinación de las razones de los agentes en general se relaciona íntimamente con los problemas hermenéuticos planteados por la generación de un saber mutuo. Dada esta circunstancia, debemos distinguir entre lo que denominaré «criterios de credibilidad» y los «criterios de validez» que interesan a la crítica de las razones en tanto son buenas razones. Los criterios de credibilidad denotan criterios de carácter hermenéutico usados para indicar que la aprehensión de las razones de los autores esclarece exactamente lo que ellos hacen a la luz de esas razones. Los criterios de validez atañen a criterios de prueba fáctica y de comprensión teórica empleados por las ciencias sociales para apreciar que las razones son buenas razones. Consideremos el famoso caso de los papagayos rojos, muy debatido en la bibliografía antropológica. Los bororo del Brasil central dicen: «Somos papagayos rojos». Debatido por Von den Steinen, Durkheim y Mauss, entre otros, este enunciado pareció a muchos o carente de sentido o impenetrable hermenéuticamente. Pero hace poco tiempo la cuestión fue retomada

por un antropólogo que tuvo la posibilidad de reinvestigarla en su fuente, entre los bororo.<sup>45</sup> Descubrió que la frase es pronunciada sólo por hombres; que las mujeres bororo suelen poseer papagayos rojos como mascotas; que en diversos aspectos en la sociedad bororo los hombres son notablemente dependientes de las mujeres; y que un contacto con los espíritus es establecido por hombres y papagayos rojos con independencia de las mujeres. Parece verosímil inferir que «Somos papagayos rojos» es un enunciado con el que los hombres hacen un comentario irónico sobre su deuda hacia las mujeres y al mismo tiempo afirman su superioridad espiritual frente a ellas. La investigación del porqué se pronuncia ese enunciado contribuye a esclarecer la naturaleza del enunciado mismo. La investigación de criterios de credibilidad, al menos con respecto a creencias formuladas discursivamente, parte de aclarar las siguientes cuestiones: quién las expresa, en qué circunstancias, en qué estilo discursivo (descripción literal, metáfora, ironía, etc.) y por qué motivos.

Una apreciación sobre criterios de validez se gobierna exclusivamente por la conjunción de una «crítica interna» y «externa» generada por la ciencia social. Es decir que los criterios de validez son los criterios de crítica interna que en mi opinión son sustancialmente constitutivos de lo que es la ciencia social. La tarea principal de las ciencias sociales en orden a la crítica del sentido común es la de apreciar las razones como buenas razones por referencia a un saber del que los agentes legos simplemente carecen o que ellos imaginan de una manera diferente de la formulada en los metalenguajes de la teoría social. No veo fundamento para dudar de que los patrones de crítica interna en las ciencias sociales desborden directamente en una crítica externa bajo este aspecto. Se trata de un enunciado fuerte, y es justamente en este paso donde se presupone un punto de vista epistemológico específico. El enunciado presupone, y yo presupongo, que es posible demostrar que ciertos artículos de creencia son falsos mientras que otros son verdaderos, aunque se debería examinar lo que «demostrar» significa aquí con no menor precisión que el significado de «falso» y de «verdadero». El enunciado presupone, y yo presupongo, que una crítica interna —los exámenes críticos a que los especialistas en ciencia social someten sus ideas y pretendidos descubrimientos— es intrínseca a lo que la ciencia social es como empresa colectiva. Estoy dispuesto a ganarme el disfavor del lector filosóficamente refinado afirmando, sin más trámite, que a mi juicio estas cosas son así. Pero en un contexto diferente sería indispensable sin duda defender semejantes tesis bien por extenso.

Se puede demostrar —creo— que existe una relación no contingente entre demostrar que una creencia social es falsa, y unas conse-

cuencias prácticas en el sentido de modificar una acción ligada con esa creencia.<sup>46</sup> Criticar una creencia significa (lógicamente) criticar cualquier actividad o práctica que se lleve a cabo en los términos de esa creencia, y tiene fuerza de convicción (motivacionalmente) con tal que ella sea una razón para la acción. En caso de que la creencia en cuestión anime un segmento o aspecto de conducta en relación con el mundo natural, mostrar que es falsa causará (*ceteris paribus*) que el agente modifique su conducta en los costados pertinentes. Si esto no sucede, cabe presumir que otras consideraciones prevalecen en la mente del agente, que las consecuencias de la falsedad de la creencia no se comprenden bien o que el actor en realidad no acepta que su falsedad se haya demostrado de manera convincente. Ahora bien, las creencias sociales, a diferencia de las que se refieren a la naturaleza, son elementos constitutivos de aquello mismo sobre lo cual versan. De esto se sigue que una crítica de una creencia falsa (*ceteris paribus*) es una *intervención práctica* en la sociedad, un fenómeno político en el sentido amplio de la expresión.

¿Qué relación guarda esta discusión de la creencia con la tesis de que todos los actores competentes no sólo saben lo que hacen (bajo alguna definición) sino que deben saberlo si es que la vida social ha de presentar el carácter que en efecto tiene? Lo mejor será responder sobre la base de un ejemplo concreto. Consideremos el voto en una situación de «una persona, un voto». Semejante práctica a todas luces supone que todos los votantes potenciales saben lo que es un «voto», que tienen permitido votar una vez sola, que sólo pueden votar en su propio nombre, etc. Sólo si los participantes saben estas cosas, y actúan en consecuencia, podemos hablar de la existencia de un sistema de «una persona, un voto». Es un problema hermenéutico determinar si se puede afirmar válidamente la existencia de ese fenómeno en caso de que sólo cierta proporción de las personas tenga plena conciencia de los conceptos en cuestión. Afirmar que los actores «tienen que» saber lo que hacen para que exista una votación es especificar lo que se considera una definición válida de la actividad. Sin embargo, no hay duda de que *algunas* personas participantes acaso no sepan lo que es votar, o no conozcan todos los procedimientos que supone votar, y de que su actividad puede influir sobre el resultado del voto. Generalizando, podemos afirmar que individuos cualesquiera pueden cometer errores sobre lo requerido en algunos aspectos de una convención social. Pero nadie se puede equivocar la mayor parte de las veces sobre lo que hace, porque de lo contrario esa persona será considerada incompetente por otros actores; y no existe aspecto alguno de una convención sobre el que la mayoría de los actores se puedan equivocar la mayor parte de las veces. Desde luego, tenemos que admitir otras po-

sibilidades. Agentes situados en ciertos sectores de una sociedad pueden desconocer por completo lo que ocurre en otros; algunos actores acaso crean que los resultados de sus actividades son diferentes de lo que son en efecto; y la redefinición de un contexto de acción en los conceptos de la ciencia social quizá represente lo que ocurre bajo aspectos diferentes de aquellos con los que está familiarizado el agente.

Podemos suponer —repetamos— que un saber nuevo elaborado en las ciencias sociales de ordinario tendrá consecuencias transformadoras inmediatas para el mundo social existente. ¿Pero qué esconde el *ceteris paribus*? ¿Bajo qué condiciones no se dará esto?

1. Con toda evidencia, siempre que las circunstancias definidas o analizadas se relacionen con sucesos pasados y denoten condiciones sociales que ya no se cumplen. Por si se creyera que esto nuevamente deja sitio a una distinción neta entre historia y ciencia social, conviene señalar que aun estudios puramente etnográficos de culturas desaparecidas pueden muy bien considerarse circunstancias actuales esclarecedoras, ya por los contrastes mismos que ponen de manifiesto. Es indudable que en principio no podemos afirmar que un saber sobre situaciones que ya no existen sea desdeñable para otros contextos en los que ese saber se pudiera aprovechar de manera transformadora. Un buen ejemplo es la influencia del «cesarismo» en la política francesa del siglo XIX, satirizada por Marx.
2. Siempre que la conducta en cuestión nazca de motivos y razones que no se alteren por la información nueva que llega a estar disponible. Los nexos implícitos en esto pueden ser mucho más complicados de lo que a primera vista parecieran. Los que semejan dos conjuntos de fenómenos independientes (por ejemplo, el enunciado de una generalización y actividades denotadas por esa generalización) pueden estar íntimamente conectados. Se podría pensar que la mayoría de las «leyes» o generalizaciones más conocidas de la economía neoclásica son enunciados cuyo conocimiento no modificará las circunstancias a las que se refieren. O sea, se basan en pautas de motivación y raciocinio sustentadas por agentes legos que difícilmente se alteren no importa cuán consabidas lleguen a ser esas generalizaciones. Pero el desarrollo de la ciencia económica ha desempeñado un papel en la creación de las condiciones mismas en que las generalizaciones en cuestión son válidas, y ha promovido una actitud de cálculo hacia la inversión del capital, etc., fenómeno este cuyo examen retomaré más adelante.
3. Siempre que el saber o la información nuevos se usen para mantener las circunstancias existentes. Desde luego que esto puede ocurrir cada vez que las teorías o los descubrimientos en cuestión

modificarían lo que definen si se los utilizara de cierta manera. Un ejemplo: la apropiación selectiva de un material de ciencia social por parte de los poderosos puede ponerlo al servicio de fines distintos de aquellos a los que habría contribuido si se hubiera difundido más.

4. Siempre que quienes se afanan en aplicar el nuevo saber no se encuentren en condiciones de hacerlo de una manera eficaz. Evidentemente se trata a menudo de un problema de acceso a los recursos que hacen falta para alterar un conjunto de circunstancias existentes. Pero es preciso apuntar también que la posibilidad de una expresión discursiva de intereses suele encontrarse asimétricamente distribuida en una sociedad. Los que están situados en los escalones inferiores de una sociedad son proclives a diversas limitaciones en sus potencialidades para una formulación discursiva de intereses, en particular cuando se trata de sus intereses de largo plazo. Tienen menos posibilidades que los situados en posiciones superiores de trascender el carácter situado —en un tiempo y un espacio— de sus actividades. Esto puede deberse a la menor calidad de sus oportunidades educacionales, al carácter más limitado de sus medios típicos de acción (con términos de Gouldner, se inclinan a ser más «locales» que cosmopolitas) o a que los situados en posiciones superiores simplemente tienen a su disposición un espectro más amplio de información accesible. Además, los situados en los escalones inferiores difícilmente tengan acceso a un discurso coherente y conceptualmente refinado cuyos términos les permitieran conectar sus intereses con las condiciones de su realización.
5. Siempre que el pretendido conocimiento resulte ser en parte falso. Es de toda evidencia, ciertamente, que no existe una convergencia necesaria entre la validez de ideas o de observaciones producidas en las ciencias sociales y su apropiación por parte de actores legos. De esto derivan diversas posibilidades, incluida aquella con arreglo a la cual opiniones que originalmente eran falsas se vuelven verdaderas a consecuencia de su propagación (la profecía que se cumple en virtud de su misma enunciación). De ningún modo se sigue inevitablemente de esto que la adopción de descubrimientos inválidos carezca de consecuencias sobre la conducta que pretenden describir.
6. Siempre que el saber nuevo sea trivial o carente de interés para los actores a quienes va referido. Este caso es bastante más significativo de lo que pudiera parecer a causa de las diferencias que quizás existan entre la preocupación de actores legos y la de observadores sociales. Como lo expresa Schutz, los puntos importantes para los especialistas en ciencia social no necesariamente son idénticos a los

que interesan a los actores cuya conducta aquellos buscan explicar.

7. Siempre que la *forma* de un saber o de una información generada inhiba su aplicación u oculte determinados caminos por los cuales se lo podría aplicar. Con mucho, el caso más importante en este sentido es el de la reificación. Pero las consecuencias que esto envuelve son, otra vez, complejas. Un discurso reificado producido en las ciencias sociales puede tener diferentes efectos según que el discurso de los actores legos esté también reificado o que no lo esté.

### *Generalizaciones en la ciencia social*

La vida social no es, en muchos aspectos, un producto intencional de los actores que la constituyen, a despecho de que una conducta diaria se realice inveteradamente de una manera intencional. Es en el estudio de las consecuencias no buscadas de una acción, según lo he destacado muchas veces, donde se encontrarán algunas de las tareas más propias de las ciencias sociales. Es además aquí donde se sitúa el interés dominante de los especialistas en ciencias sociales inclinados al objetivismo y a la sociología estructural. Los que se declaran partidarios de la explicación, como objetivo de las ciencias sociales consustanciado con el descubrimiento de leyes, omiten hacer lo propio cuando los resultados son más o menos completamente intencionales. Por ejemplo, los conductores de automóviles por lo común se detienen cuando las luces de tránsito son rojas y retoman su marcha cuando pasan al verde. Pero nadie sostiene que una detención ante luces de tránsito se pueda presentar como una ley de la conducta social humana. Las leyes en cuestión son de tipo jurídico. Los conductores conocen la finalidad de las luces rojas, la reacción que se espera de ellos con arreglo a los códigos de conducta en el tránsito, y cada vez que se detienen ante la luz roja o arrancan con la verde saben lo que hacen y lo hacen con intención. El hecho de que esos ejemplos no se mencionen como leyes aunque la conducta que muestran sea muy regular es indicativo de que el problema de las leyes en la ciencia social está muy compenetrado con consecuencias no buscadas, condiciones inadvertidas y constreñimiento.

Por «leyes», los sociólogos estructurales de ordinario entienden leyes universales del tipo cuya existencia se postula en las ciencias naturales. Pero se discute mucho sobre si de hecho semejantes leyes existen o no en las ciencias naturales y, en caso afirmativo, sobre su condición lógica. Ahora bien, supongamos que existan y que se plieguen a la interpretación común de su forma lógica. Las leyes universales aseveran que si se da un conjunto de condiciones especificadas

con precisión, se da también un segundo conjunto de condiciones, donde el primer conjunto es causa del segundo. Desde luego que no todos los enunciados causales son leyes, ni todas las relaciones causales se pueden subsumir bajo leyes (conocidas). Tampoco todos los enunciados de forma universal son leyes. Hempel da este ejemplo: «Todos los cuerpos compuestos de oro puro tienen una masa menor de cien mil kilogramos». No existe un caso conocido que invalide este enunciado, pero si no se descubre algún mecanismo causal que explique la razón de esto, es probable que no se lo considere un ejemplo de ley.<sup>47</sup> ¿Existen leyes universales en las ciencias sociales? Si no existen, ¿por qué tantos de los partidarios de la sociología estructural han puesto de manera emblemática todos sus huevos en esa particular canasta de explicaciones? La respuesta llana a la primera pregunta es que no existen. En ciencia natural, o al menos en algunos de los campos principales de ciencia natural, existen muchos ejemplos de leyes que parecen concordar con el tipo de la ley universal. En ciencia social —y yo incluiría en este juicio a la economía no menos que a la sociología— no existe ningún candidato que pudiera aspirar sin controversia a ser un ejemplo de una ley de esas características en el campo de una conducta social humana. Como lo he sostenido en otra parte,<sup>48</sup> las ciencias sociales no son recién llegadas si se las compara con la ciencia natural. La idea de que esas leyes se descubrirán por fin con más investigación es, en el mejor de los casos, notablemente inverosímil.

Si no existen ni existirán nunca en ciencia social, ¿por qué tantos creyeron que las ciencias sociales debían perseguir semejante quimera? En una parte considerable, sin duda, a causa del imperio que unas filosofías empiristas de ciencia natural mantuvieron sobre las ciencias sociales. Pero ciertamente no fue esto todo lo que hubo. También intervino la creencia de que el único saber meritorio en cuya obtención debieran interesarse las ciencias sociales acerca de actores o instituciones sociales era aquel que esos mismos actores no poseían. Esto trajo la inclinación a reducir a un mínimo el saber atribuido a los actores, lo que ensanchó el radio para la operación de mecanismos causales que produjeran sus efectos con independencia de las razones que los individuos tuvieran para su obrar. Ahora bien, si esta concepción no es viable, por razones que he examinado con bastante detalle en este libro, tenemos que considerar de nuevo la naturaleza de las leyes en ciencia social. Que no existan leyes universales conocidas en ciencia social no es mera casualidad. Si es correcto afirmar, como he sostenido, que los mecanismos causales en generalizaciones de ciencia social nacen de las razones de los actores en el contexto de una «mezcla» de consecuencias buscadas y no buscadas de una acción, fácil-

mente vemos por qué esas generalizaciones no tienen una forma universal. En efecto, el contenido del entendimiento de los agentes, la cuestión de cuán «situado» es su saber y de la validez de su contenido proposicional: son todos aspectos que influyen sobre las circunstancias en las que aquellas generalizaciones se aplican.

Una vez más a riesgo de disgustar al lector de formación filosófica, quiero simplemente declarar que razones son causas, y acepto que esto sin duda implica una concepción no-humeana de la causalidad. Dicho con más propiedad, en la terminología que he introducido: la racionalización de una acción interviene causalmente, de una manera inveterada, en la prosecución de acciones cotidianas.<sup>49</sup> La racionalización de una acción, en otras palabras, es un elemento rector en el espectro de potencias causales que un individuo despliega *qua* agente. Esto se debe a que obrar algo por unas razones supone aplicar un entendimiento sobre «lo que se requiere» en un conjunto dado de circunstancias para plasmar lo que en efecto se obre en esas circunstancias. Tener razones para obrar algo no es lo mismo que obrar algo por unas razones, y es la diferencia entre lo uno y lo otro la que enuncia el influjo causal de la racionalización de una acción. Razones son causas de actividades que el individuo «hace ocurrir» como un carácter intrínseco de su condición de agente. Pero como el registro reflexivo de una acción es limitado, según lo destacué con frecuencia, existen factores causales que influyen sobre una acción sin que operen a través de su racionalización. De lo dicho antes, se sigue que son de dos clases: influjos inconscientes e influjos que afectan a las circunstancias de una acción, aquellas en que los individuos ponen en práctica su conducta.

Los factores de la segunda clase son de lejos los más importantes a los fines de un análisis social, pero como «circunstancias de una acción» es una expresión asaz general, es preciso explicitarla un poco. Toda acción ocurre en contextos que, para un actor solo cualquiera, incluyen muchos elementos que ese actor no contribuyó a producir y sobre los cuales no ejerce un control significativo. Esos caracteres habilitantes y restrictivos de unos contextos de acción incluyen fenómenos tanto materiales como sociales. Por lo que se refiere a los fenómenos sociales, es preciso destacar que un aspecto del *medio* social que es controlable para un individuo puede ser para otros individuos más bien algo que «ocurre» y no que «hagan ocurrir». Muchos de los aspectos más delicados, sutiles, y que imponen mayor exigencia intelectual del análisis social provienen de esto.

Ahora bien, se puede admitir que todas las generalizaciones abstractas en las ciencias sociales son, explícita o implícitamente, enunciados causales. Pero, como me he empeñado en destacarlo en todo este libro, importa mucho el tipo de relaciones causales que inter-

vienen. Es decir: unas situaciones en que los interesados «hacen que ocurra» un resultado normado difieren sustancialmente de aquellas en que ese resultado «ocurre» de una manera no buscada por participante alguno. Como el saber de los agentes acerca de las condiciones que influyen sobre la generalización tiene importancia causal para esa generalización misma, estas condiciones pueden ser alteradas por cambios en ese saber. La profecía que se cumple por su enunciación misma es un ejemplo, pero sólo uno, de este fenómeno.

La cautela es indispensable aquí. En ciencia natural existen siempre condiciones de contorno para las operaciones de las leyes. Pero tales condiciones no afectan a la relación causal invariante que constituye el núcleo de las tareas de explicación para las cuales la ley puede ser invocada. En el caso de generalizaciones en ciencia social, los mecanismos causales son intrínsecamente inestables, y el grado de su inestabilidad se origina en la proporción en que los seres a quienes la generalización se refiere se inclinan a actualizar modelos corrientes de raciocinio que los llevan a producir clases corrientes de consecuencias no buscadas. Considérese el tipo de generalización indicado por el estudio de Gambetta: «mientras más avanzados estén los niños de origen obrero dentro de un sistema educacional, menos probable será que deserten, por comparación con los niños de otro origen de clase». Aquí las consecuencias no buscadas se concretan para formar una pauta estadística, el resultado de un agregado de decisiones de individuos separados en un tiempo y un espacio. Doy por supuesto que nadie pretendería que esto exprese una ley universal, pero de todos modos se trata de una generalización potencialmente esclarecedora. La relación causal que presupone nace de los tipos de toma de decisiones que Gambetta especifica. Pero, como lo apunta este autor, si los padres o los niños (de cualquiera de las clases) llegaran a tener noticia de la generalización, podrían incorporarla a su evaluación de la situación misma que ella describe y en consecuencia, en principio, restarle validez.

Podemos decir, como muchos otros lo han afirmado, que las generalizaciones en las ciencias sociales son de carácter «histórico» con tal que tengamos presentes las varias acepciones que ese término puede adquirir. En esta particular connotación sólo significa que las circunstancias en que se aplican las generalizaciones están circunscritas en un tiempo y en un espacio, puesto que nacen de precisas mezclas de consecuencias buscadas y no buscadas de una acción. Puesto que ese sea el caso, ¿conviene llamar «leyes» a las generalizaciones en las ciencias sociales? Esto dependerá de la estrictez con la que se quiera interpretar el término «ley». En mi opinión, como en la ciencia natural la «ley» se tiende a asociar con la operación de relaciones invariantes aun en el caso de leyes que no tienen forma universal, es preferible no



usar el término en ciencia social. Comoquiera que fuere, es importante evitar la conclusión de los partidarios de la sociología estructural, a saber, que sólo se descubren «leyes» cuando, con respecto a una serie dada de fenómenos, intervienen en grado significativo consecuencias no buscadas. En otras palabras, las generalizaciones sobre una conducta social humana pueden ser reflejo directo de unas máximas de acción que sean aplicadas a sabiendas por los agentes. Como lo he destacado en este capítulo, investigar hasta dónde es este el caso para cada conjunto especificado de circunstancias tiene que ser una de las tareas principales de la investigación social.

### *Las connotaciones prácticas de la ciencia social*

Las ciencias sociales, a diferencia de la ciencia natural, inevitablemente se enraízan en una «relación sujeto-sujeto» con aquello sobre lo cual versan. Las teorías y los descubrimientos de las ciencias naturales se desgajan del universo de objetos y sucesos a que se refieren. Esto garantiza que la relación entre el saber científico y el mundo de objetos siempre sea «tecnológica» porque un saber acumulado «se aplique» a un conjunto de fenómenos cuya constitución es independiente. Pero no es esta la situación en las ciencias sociales. Como lo explica Charles Taylor: «Aunque es cierto que la teoría en ciencia natural transforma la práctica, no transforma la práctica a que la teoría se refiere (...) La pensamos como una "aplicación" de la teoría». En las ciencias sociales, «la práctica es el objeto de la teoría. La teoría en este dominio transforma a su propio objeto».<sup>50</sup> Las consecuencias que esto tiene son muy considerables e interesan a nuestra apreciación de los logros de las ciencias sociales así como de su efecto práctico sobre el mundo social.

Si admitiéramos la idea de quienes creen que las ciencias sociales deben ser simulacros de las ciencias naturales, no podríamos menos que considerarlas un fracaso. La ciencia social no ha obtenido el tipo de ley exacta que hallamos en las secciones más refinadas de la ciencia natural y, por razones a las que ya me he referido, nunca lo obtendrá. Mirado en la superficie, pudiera parecer que deponer la aspiración a crear una «ciencia natural de la sociedad» liquidaría la idea de que las ciencias sociales alguna vez pudieran influir sobre «su mundo», el mundo social, tanto como las ciencias naturales han influido sobre «sus mundos». Durante generaciones, los partidarios de sociologías naturalistas obraron convencidos de la idea de que la ciencia social necesitaba «alcanzar» a la ciencia natural en lo intelectual y lo práctico. En otras palabras, se sostenía que las ciencias naturales evidentemente habían tomado la delantera sobre las ciencias sociales por sus logros

intelectuales, y, entonces, por sus consecuencias prácticas. Para las ciencias sociales, el problema sería recuperar el terreno perdido y así poder aplicar sus descubrimientos a un gobierno sobre sucesos del mundo social, en paralelismo con la ciencia natural. El programa de Comte respondía a este tipo de punto de vista, el que después se reiteró consistentemente bajo diversas vestiduras.

La que sigue es una formulación característica, de la pluma de un autor que en otros aspectos está lejos de ser un seguidor de Comte:

«Como especialistas en ciencia social, compartimos con todas las personas cultas del mundo el desasosiego de saber que en nuestro campo de estudio el progreso es mucho más lento que en el de las ciencias naturales. Son sus descubrimientos y sus inventos los que producen incontrastables cambios radicales en la sociedad, mientras que los nuestros tienen gravitación mucho menor. Se difundió una sobrecogedora aflicción por el hiato que este contraste denuncia. Mientras que el poder del hombre sobre la naturaleza es cada vez más sólido, y su avance es incluso vertiginoso, el gobierno del hombre sobre la sociedad, lo que quiere decir en primer lugar sobre sus propias actitudes e instituciones, se retrasa. En parte, al menos, esto se debe al menor ritmo del avance en nuestro conocimiento sobre el hombre y su sociedad, el conocimiento que se debería traducir en una acción en favor de una reforma social».<sup>51</sup>

A primera vista, nada parece más evidente que este hecho: el efecto transformador de las ciencias naturales ha sido incomparablemente mayor que el de las ciencias sociales. La ciencia natural tiene sus paradigmas, sus descubrimientos universalmente reconocidos, un saber de elevada generalidad que se expresa con precisión matemática. En las ciencias naturales, los «fundadores» han sido olvidados o se los ve como los creadores de ideas que sólo interesan a un anticuario. La fusión de ciencia y tecnología ha dado lugar a formas de transformación material en una escala extraordinaria. La ciencia social, por otro lado, parece inveteradamente plagada de disensos, incapaz de olvidar a sus «fundadores», a cuyos escritos se atribuye una importancia duradera. Es cierto que hoy los gobiernos buscan a veces en las ciencias sociales una fuente de información para tomar decisiones políticas; pero la gravitación de esto parece trivial y marginal si se lo compara con el efecto global de la ciencia natural. El mayor prestigio social de que goza la ciencia natural en comparación con las ciencias sociales se ve asaz acorde con sus logros diferenciales y su influjo material.

¿Pero es correcta esta visión tradicional de la ciencia social como pariente pobre? Como mínimo se puede decir que se vuelve menos

cómodo sostenerla si tomamos en cuenta el alcance de la doble hermenéutica. Las ciencias sociales —repitamos— no están aisladas de «su mundo» tal como las ciencias naturales están aisladas de «sus mundos». Por cierto que esto pone en duda que se alcance un cuerpo de conocimiento especial del tipo que buscan los que toman como modelo la ciencia natural. Pero al mismo tiempo significa que las ciencias naturales entran en la constitución misma de «su mundo» de una manera inalcanzable para la ciencia natural.

Considérese lo siguiente:

«Un hombre hecho príncipe por el favor del pueblo tendrá que trabajar para conservar su beneplácito; y esto le resultará fácil porque el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero un hombre hecho príncipe contra la voluntad del pueblo y por el favor de los nobles deberá ante todo granjearse la voluntad del pueblo; también esto es fácil si lo toma bajo su protección. Cuando los hombres reciben favores de alguien de quien esperaban males, se sienten muy obligados hacia su benefactor; por eso mismo el pueblo en un instante puede mostrarse más amistoso hacia el príncipe que si este hubiera tomado el poder con su ayuda».<sup>52</sup>

El teorema de Maquiavelo no es más que una observación sobre el poder y sobre el apoyo popular en política. Quiso ser, y así se lo entendió, una contribución a la mecánica efectiva del gobierno. Sin exageración se puede afirmar que la práctica del gobierno ya no fue la misma después que los escritos de Maquiavelo alcanzaron difusión. Es cierto que no es cómodo rastrear su influjo. «Maquiavélico» se ha convertido en un término peyorativo, en parte por razones que no guardan relación alguna con el contenido real de los escritos de Maquiavelo; por ejemplo, a causa de la conducta famosa de gobernantes que invocaron para su propia interpretación la enseñanza de él. Principios que los príncipes apliquen también pueden ser aplicados por sus súbditos y por otros que se oponen a ellos. Las consecuencias prácticas de discursos como el de Maquiavelo suelen ser retorcidas y ramificadas. Están muy lejos de una situación donde los descubrimientos de las ciencias sociales se coleccionaran y evaluaran en una esfera (la «crítica interna» de especialistas profesionales) y simplemente «se aplicaran» en otra (el mundo de la acción práctica). Pero son más representativos del destino del conocimiento en ciencia social que este último retrato.

Es cierto que se podría discutir que esté justificado calificar a Maquiavelo de «científico social», con el argumento de que sus escritos son anteriores a la época en que se sistematizó la reflexión sobre la

naturaleza de las instituciones sociales. Pero supongamos que miremos el último período de las décadas finales del siglo XVIII y la parte inicial del siglo XIX. Fue la época en la cual —se podría sostener— se inició una investigación empírica circunstanciada de cuestiones sociales. Algunos han considerado que este período fue la primera fase en que se proveyó a las ciencias sociales de una base de prueba que pudo empezar a parecerse a la de la ciencia natural. No obstante, lo notable es que las técnicas de investigación elaboradas, y los «datos» generados, inmediatamente se consustanciaron con la sociedad a la que pretendían analizar. La proliferación de estadísticas oficiales es un síntoma y a la vez un resultado material de este proceso. Su compilación se hizo posible por el empleo de métodos sistemáticos de encuesta social. La elaboración de tales métodos fue inseparable de los nuevos modos de control administrativo que la compilación de estadísticas oficiales hizo posible. Una vez instituidas, las estadísticas oficiales dieron cabida a su vez a nuevos tipos de análisis social, por ejemplo, la investigación de pautas demográficas, crimen, divorcio, suicidio, etc. Pero otra vez la bibliografía sobre esos temas fue reincorporada en la práctica de los interesados en la producción de las estadísticas relacionadas con ello. La bibliografía sobre suicidio, por ejemplo, es muy leída por encargados de autopsias, funcionarios judiciales y otros, incluidos aquellos que piensan en actos suicidas o los cometen.<sup>53</sup>

Desde luego, la elaboración de metalenguajes teóricos y la especialización que exige el estudio intensivo de campos específicos de vida social garantizan que las ciencias sociales no se fusionen por completo con su «asunto». Pero tan pronto como se aprehende lo complejo, continuo e íntimo de la asociación entre analistas «profesionales» y legos, se ve cómodamente que el profundo efecto de la ciencia social sobre la constitución de las sociedades modernas pueda ocultarse de la vista. «Descubrimientos» de ciencia social, con tal que sean interesantes, no conservarán mucho tiempo su condición de descubrimientos; mientras más esclarecedores sean, en efecto, más se tenderá a incorporarlos en una acción, con lo que se volverán principios familiares de vida social.

Las teorías y descubrimientos de las ciencias naturales se sitúan en una relación «tecnológica» con su «asunto». Es decir: la información que generan tiene peso práctico como un «medio» aplicado a alterar un mundo de objetos y sucesos independientemente dado y autónomo. Pero las ciencias sociales no se limitan a una relación «tecnológica» con su «asunto», y su incorporación a una acción legítima sólo marginalmente es «tecnológica». Muchas permutaciones posibles de saber y poder nacen de esto. Para demostrar que en efecto es así volvamos al

ejemplo de las observaciones de Maquiavelo sobre la naturaleza de la política. Las siguientes son implicaciones y ramificaciones posibles de los escritos de Maquiavelo:

1. Maquiavelo acaso en sustancia se limitó a dar una forma de expresión particular a lo que muchos gobernantes, y sin duda que también otros que no lo eran, sabían ya; y hasta es muy posible que conocieran algunas de esas cosas discursivamente, aunque no parece probable que fueran capaces de expresarlas con tanta riqueza como Maquiavelo.
2. Que Maquiavelo escribiera sus textos introdujo, una vez que estuvieron disponibles, un factor nuevo que no existía antes cuando las mismas cosas eran sabidas, si es que lo eran.
3. «Maquiavélico» pasó a ser un término despectivo entre los que tenían noticia de las ideas adoptadas por Maquiavelo sin que necesariamente tuvieran un conocimiento de primera mano de los textos. En Inglaterra se veía a Maquiavelo como una fuente de perversiones antes que se publicara en 1640 la primera traducción de *El príncipe*.
4. El tipo de discurso empleado por Maquiavelo en sus escritos fue un elemento o un aspecto de cambios fundamentales en los regímenes jurídico y constitucional de los Estados modernos. Pensar en la «política» de un modo particular y sustantivamente novedoso fue esencial para lo que la «política» llegó a ser.<sup>54</sup>
5. Un gobernante que fuera considerado seguidor de Maquiavelo y que intentara gobernar según preceptos maquiavélicos acaso encontraría más difícil aplicar estos que otro no reputado como tal. Los súbditos de un gobernante, por ejemplo, al tanto del precepto de que un populacho se inclina a ser particularmente receptivo para favores concedidos por alguien de quien se esperaba opresión, acaso sospecharan justamente de esos favores.
6. Maquiavelo tenía plena conciencia de la mayor parte de los puntos anteriores y puso sobre aviso de algunas de sus consecuencias explícitamente en *El príncipe*. Varios de estos puntos, por lo tanto, adquirieron una complejidad todavía mayor cuando una noticia sobre ellos pasó a formar parte de la actividad política misma.

¿Pero por qué las formulaciones de Maquiavelo conservarían importancia hoy y se las discutiría con seriedad por su concernencia a las sociedades existentes si bajo diversos aspectos han sido absorbidas en esas sociedades? ¿Por qué los que trabajan en las ciencias sociales no pueden olvidar a sus «fundadores» como los olvidan los científicos de la naturaleza? La respuesta quizá se relacione precisamente con el

carácter constitutivo de las ideas que formula y a la vez representa un pensador como Maquiavelo. Este nos procura los medios para una ponderada reflexión sobre conceptos y prácticas que en las sociedades modernas han pasado a formar parte de la naturaleza de la soberanía, el poder político, etc. Al estudiar sus escritos obtenemos una percepción de lo específico del Estado moderno porque Maquiavelo escribió en un período relativamente temprano de su desarrollo. Sin duda que además Maquiavelo pone en descubierto principios de gobierno cuya aplicación es muy generalizada en Estados de toda índole, o les da una forma discursiva específica. No obstante, la principal razón por la cual los escritos de Maquiavelo no «pasan de moda» es que constituyen una serie de reflexiones (estilísticamente brillantes) sobre fenómenos que contribuyeron a constituir. Son formulaciones de modos de pensamiento y de acción que importan a las sociedades modernas no sólo en sus orígenes sino también en su forma organizativa más permanente. Una teoría arcaica de ciencia natural carece de interés particular después que aparecieron teorías mejores. Las teorías que pasan a formar parte de su «asunto» (aunque quizá bajo otros aspectos se resistan a esa incorporación) necesariamente conservan un interés que las teorías anticuadas de ciencia natural no poseen.

Propiciar el carácter crítico de la ciencia social significa prohiar una conciencia conceptual elaborada de las connotaciones prácticas de su propio discurso. El hecho de que las ciencias sociales estén hondamente enraizadas en aquello sobre lo cual versan encarga un papel esencial a la historia de las ideas. Así, por ejemplo, los estudios de Skinner sobre el surgimiento de las formas modernas de discurso en el Estado pos-medieval ponen de manifiesto que ellas pasaron a ser constitutivas de lo que el Estado es.<sup>55</sup> En el acto de mostrar que la naturaleza del Estado moderno presupone una ciudadanía que a su vez sepa lo que el Estado moderno es y su modalidad de operación, Skinner nos ayuda a ver lo específico y peculiar de la forma Estado y su entrelazamiento con cambios discursivos que pasaron a formar parte de prácticas sociales legas.

Las ciencias sociales no pueden proporcionar un saber (pertinente) que se pudiera «reservar», listo para inspirar intervenciones sociales oportunas cuando fuera necesario. En ciencia natural, los criterios de prueba que intervienen para decidir entre teorías e hipótesis están a cargo de expertos especialistas (ello en principio, y por lo común también en la práctica, con excepciones como la controversia de Lysenko). Estos pueden dedicarse a su especialidad de sopesar pruebas y formular teorías sin verse interrumpidos desde el universo a que las pruebas y las teorías se refieren. Pero en las ciencias sociales esta situación no se da o, dicho con más precisión: se da menos justamente con respecto a

aquellas teorías y descubrimientos que tendrían más para ofrecer en los términos de su valor demostrativo. Esto explica buena parte de la razón por la cual las ciencias sociales parecen proporcionar mucha menos información valiosa a los estadistas que las ciencias naturales. Las ciencias sociales necesariamente se basan en gran parte sobre lo ya conocido por los miembros de las sociedades que investigan, y presentan teorías, conceptos y descubrimientos que son devueltos al universo que ellas describen. Los «hiatos» cuya existencia se pueda demostrar entre el aparato conceptual del especialista y los descubrimientos de las ciencias sociales, por un lado, y las prácticas entendidas consustanciales a una vida social, por el otro, son mucho menos evidentes que en la ciencia natural. Consideradas desde un punto de vista «tecnológico», las contribuciones prácticas de las ciencias sociales parecen limitadas, y lo son. No obstante, miradas en su impregnación del universo por ellas analizado, las ramificaciones prácticas de las ciencias sociales han sido y son ciertamente muy profundas.

## Notas críticas: ciencia social, historia y geografía

Los historiadores, según he dicho, no se pueden mirar en verdad como especialistas en una dimensión de tiempo, como tampoco los geógrafos se pueden mirar como especialistas en una dimensión de espacio; esas divisiones entre disciplinas, según de ordinario se las concibe, son expresiones concretas de la supresión de tiempo y de espacio en teoría social. Tienen su contraparte en la idea de que la ciencia social se ocupa de leyes de carácter universal o, al menos, general en alto grado. Estamos aquí frente a la tajante separación tradicional entre ciencia social e historia, la una supuestamente empeñada en una generalización indiferente al tiempo y al lugar, y la otra que analiza el despliegue de sucesos situados en un espacio-tiempo. No considero que haga falta, a la luz de las ideas capitales que intenté elaborar en este libro, aplicarme a demostrar que esta idea tradicional es hueca.

Si los historiadores no son especialistas en tiempo, ¿qué decir de la opinión de que son especialistas en el estudio del pasado? Es una opinión que quizás ejerza un atractivo intuitivo, pero que además ha sido defendida por muchos historiadores eminentes, y también por filósofos. Oakeshott explica el término «pasado histórico» como sigue.<sup>1\*</sup> El mundo que un individuo percibe —dice— es «inequívocamente presente». Estoy en la calle sobre la vereda y observo lo que pasa en derredor de mí. Mientras allí estoy, el tiempo pasa, pero yo atiendo a un «presente continuo» donde «el paso del tiempo no se singulariza por un cambio notable ni siquiera por una impresión de movimiento».<sup>2</sup> Veo a un hombre con pata de palo que pasa renqueando. Es parte del «presente continuo» a menos que yo no lo perciba como a un hombre con pata de palo sino como a uno que ha perdido su pierna. Esta conciencia del pasado —arguye Oakeshott— no es introducida por un descuido del presente sino por una particular interpretación del presente que atienda a lo evocado por la palabra «perdido». El presente bajo una comprensión histórica se compone de todo lo que se discierne como supervivencias o relictos de un «pasado conservado»:

«un historiador no tiene otro acceso al pasado que esas supervivencias. Y la primera tarea de una indagación histórica es juntarlas de donde están, dispersas en el presente, para recuperar lo que acaso se perdió, impartir alguna clase de orden a esta confusión, reparar el daño que pudo sufrir, reducir su fragmentariedad, discernir sus nexos, reconocer en una supervivencia su origen, y así determinar su carácter auténtico de conquista pretérita práctica o filosófica o artística, etc.»<sup>3</sup>

\* Las referencias se pueden consultar en las págs. 391-2.